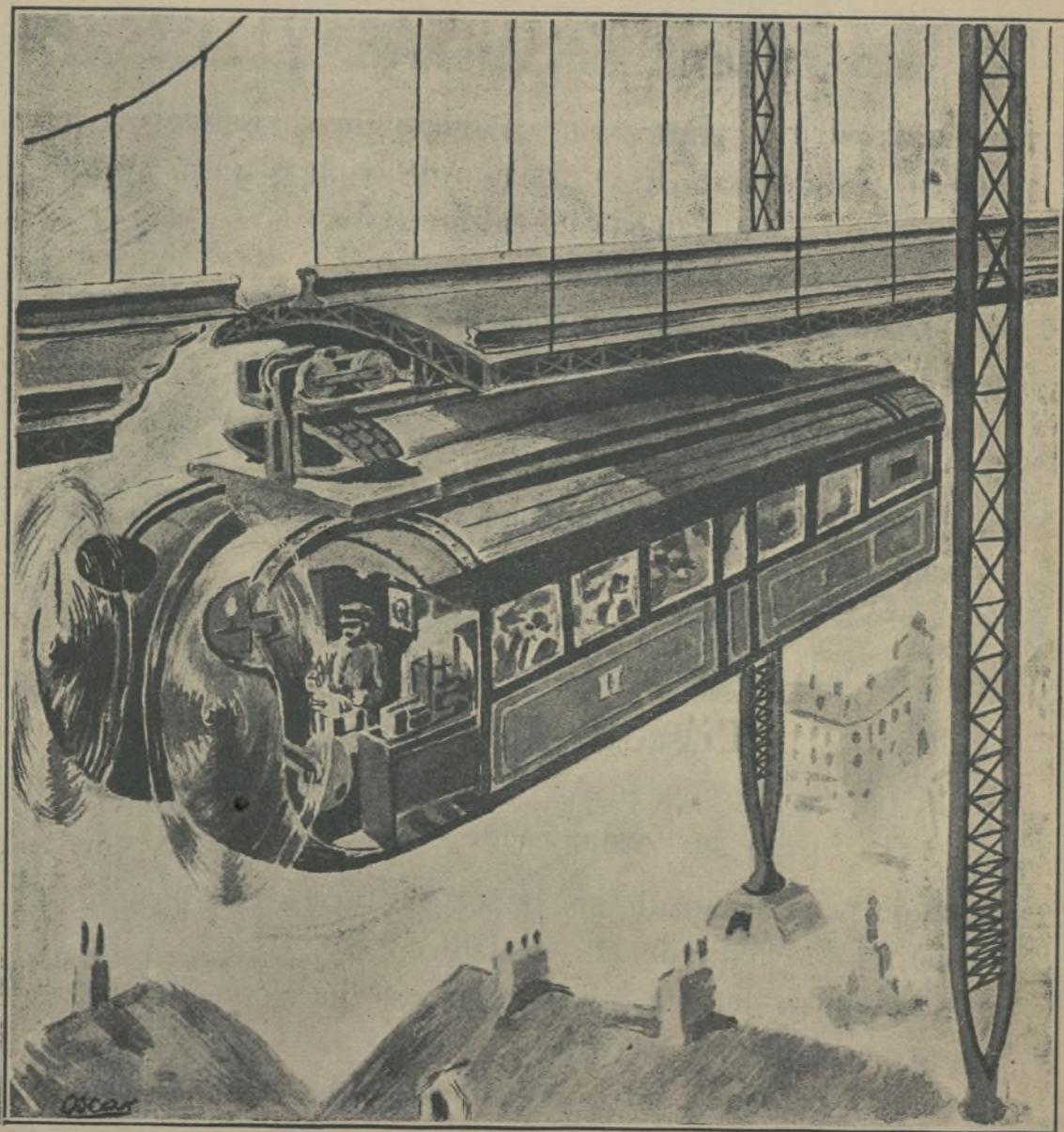


ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



DIRECTOR PROPIETARIO:
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

Núm. 35

NUMERO SUELTO
60 CÉNTIMOS

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES · CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

CALLE MAYOR, NÚM. 86

[[APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 35

31 JUNIO 1922

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.

Semestre... 7,50 »

Año..... 15,00 »

EXFRANJERO!

Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Leyendas españolas.—I.a peña de los Enamorados.

Curiosidades de la Naturaleza.—Los bailes de las aves.

Cosas de Marruecos.—Cómo se forma una harka.

Vulgarizaciones médicas.—Cómo se opera en el cráneo.

Españolería andante.

Página de arte.—Un moro de Tánger.

Notas de aviación.—El helicóptero, nave aérea del porvenir.

Vulgarizaciones científicas.—El reconocimiento del fondo del mar por los aeroplanos.

Informaciones trascendentales.—La guerra de mañana.

Cuentos.—Por la Patria y El uno y los ceros.

Novela.—El Lazarillo español, por Ciro Bayo.

Poesías.—Un buen ejemplo.

Variedades.

Actualidades, entretenimientos, anécdotas y curiosidades.



LEYENDAS ESPAÑOLAS

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Era por los años de 1400.

Contaba diez de reinado en Castilla Enrique III sobrenombrado el *Doliente*.

Por aquel tiempo reinaba en Granada el magnífico, el sabio, el grande Juzef ben Muhamad

Un día al amanecer el muecín o sacristán que había subido al minarete para vocear la oración del *azoñvi* o del alba, vió que en el viejo e inmediato palacio del rey Aben Habuz, el gallo de viento de la veleta que estaba en la torre más alta de aquel alcázar se había vuelto hacia el boquete de Loja, lo que indicaba, así era la creencia del vulgo, que por aquella parte venían cristianos en son de guerra.

Muy pronto, para que no pudiese haber duda de que el gallo de viento había cumplido con su deber, humaredas en las atalayas de Parapanda, Moclín, Illora y Alfarnate, señalaron por la parte a donde la veleta se había vuelto, enemigos.

No era necesario tanto ni mucho menos, para trasportar a una mortal cólera de león al xeque Abul-Zeyan.

Aún no era la hora de *adoha* o anterior a la del mediodía, cuando alcanzado el escuadrón cristiano, los que de ellos no habían quedado tendidos en el sangriento campo para pasto de los perros y de las aves carnívoras, eran conducidos cautivos a la cola de los caballos de los vencedores granadinos.

Abul Zeyan había apagado la sed de su saña con sangre.

Entre los cautivos iba un mancebo de una tal y tan prodigiosa hermosura, de tan varonil aspecto y de altivez tan severa y tranquila, que siguiendo vencido a sus enemigos, parecía que iba no a un gran peligro sino adonde nada hubiese tenido que temer.

Esto era lo que más había hecho se aficionase a él Abul-Zeyan.

—Es lástima que con la bravura que has mostrado en la pelea y con la grandeza con que soportas tu desgracia, no conozcas al verdadero Dios, le dijo Abul-Zeyan, en aquella lengua mezcla de castellano y de árabe con que se entendían los moros y los cristianos y que se llamaba algarabía.

—Duélete de lo que tuvieres que dolerte, respondió el mozo, y no te duelas del que de nada se duele.

—Altivo eres, mancebo, replicó el xeque, y no quiero humillarte; suéltente y dénele un caballo de los que van en la presa.

—No he de ir yo con más comodidad que mis hermanos, respondió el joven; que no he de recibir merced de tí si igualmente no la gozan ellos.

—Suéltelos a todos y por su palabra vayan cautivos, añadió Abul-Zeyan.

Al día siguiente fueron vendidos todos en el in-

mediato mercado de la plaza de Bib-al-Bolut, a excepción de aquel mancebo que no había sido puesto a la venta.

Le había guardado para sí el xeque.

Se llamaba Juan Diéguez de León y era hijo único de Diego Lope de León, principalísimo y rico caballero, de rancio abolengo en la Montaña, y capitán de caballos en el adelantamiento de Jaén.

Juan Diéguez se vió obligado a vestir a la usanza mora con los trajes que le dieron, puesto que le habían quitado el suyo, y tales eran de ostentosas y ricas sus vestiduras, que no ya un cautivo sino un gran señor parecía y de los mayores.

Usaba armas, y siempre le tenía a su lado Abul-Zeyan.

Pero si de tal manera se le trataba y con tales comodidades y tales honras y aun tal amor, por temor de que se escapase le guardaban atléticos y feroces esclavos negros con el mandato de impedir su fuga si lo intentase, sin matarle, aunque él matase o hiriese a alguno o algunos de ellos.

Una siesta en que resignado a su fortuna Juan Diéguez dormía a la fresca sombra de una espesura de la huerta, al despertar del sueño encontró junto a sí sentada sobre el blanco césped, una tal criatura que le pareció un ángel que había bajado del cielo para guardar su sueño.

Cuando entró en la galería de columnas de alabastro y arcos calados, por la que se pasaba a la rica sala donde más habitualmente moraba Abul le encontró allí, paseando bajo el arco, con su largo caftan blanco, y en su cabeza menos blanca que su barba, una toca de finísimo lino que hacía ondear el fresco viento.

—¿Qué es lo que te sucede, hijo, que vienes demudado, pálido y tembloroso? ¿Cómo tú, que eres un león bravo, puedes temblar como no sea por algo sobrenatural que te haya dejado sentir el Señor?

—Yo dormía, contestó sin vacilación alguna Juan Diéguez, y al despertar he visto un arcángel.

—¿Y qué te ha dicho ese arcángel?

—Ha desaparecido cuando yo trasportado le he mirado con toda mi alma.

—¿Qué darías tú porque ese arcángel fuese tuyo?

—¡Yo no lo sé! ¡todo!

—Dicen que los caballeros castellanos no mienten jamás.

—Sólo el dudar de ello merece la muerte.

—Luego si tú dices que la amas como si fuera tu vida y tu alma, dices verdad; ¿qué dices?

—Que ella es mi alma y mi vida.

—El decreto de las estrellas se cumple, dijo Abul-Zeyan: sígueme.

Y asiendo con su mano vigorosa a Juan Diéguez, le arrastró consigo.

Le llevó a la hermosa sala cuyo arco se abría sobre la galería del jardín.

Le hizo sentar al lado suyo sobre el diván.

—Yo soy viejo, dijo, pero en mi cuerpo viejo alienta un alma vigorosa y joven: hace quince años el adelantado cristiano de Jaén se entró una noche por la vega, incendió y taló cuanto encontró al paso, y antes del amanecer se volvió a su castillo de la Guardia teñido en sangre y cargado con la presa.

Cuando el rey lo supo me llamó y me dijo:

—Mi viejo león, vete sobre la tierra de los cristianos, rugé, despedaza, llévalos el exterminio, vengá a los descuidados creyentes que han sido degollados, a nuestras vírgenes profanadas, a nuestros adoratorios salpicados con sangre musulmana.

Con gente brava y decidida caí una noche sobre el castillo de la Guardia, le combatí, le aportillé, le entré y vengué con torrentes de sangre la desventura de nuestros hermanos degollados.

Los que no pudieron salvarse con la fuga y bajo el amparo de la noche fueron despedazados.

Sólo ella se salvó... ella a quien yo no pude herir ni permitir fuese herida: ella, la madre de Aixarah, de mi hija.

Juan Diéguez se había puesto mortalmente pálido.

—¿Y esa mujer a quien tú trajiste a tu harem, exclamó con la voz apagada y sombría, era una dama?

—Sí, era la esposa del adelantado.

—Pero la esposa del adelantado Pero Díez Sarmiento era hermana de mi padre.

—Yo no lo sé.

—Yo sí: se la dió por muerta en la entrada del castillo de la Guardia y devorada por el incendio: ¡y ella vivía en tu harem!

—Era el alma de mi alma.

—¡Pero tu hija es mi prima hermana!

—¡Dios lo quiso! respondió grave y solemnemente éste.

—Juan Diéguez, que había puesto su mano airada en el yatagan, le abandonó, gimiendo.

—No puedo, no puedo, dijo; tú eres su padre: ella no podría amar a quien se hubiese teñido en tu sangre.

—¡Estaba escrito! dijo profundamente y como hablando consigo mismo el xeque.

Luego añadió:

—María murió al dar a luz a Aixarah: desde entonces mi alma está con ella.

El xeque continuó:

—Yo pedí a las buenas hadas el horóscopo de mi hija.

Ellas me dijeron:

—Cuando la delicada flor abra su caliz y exhale el perfume de su dulce vida, el Gallo de viento señalará enemigos crueles que talarán tu tierra y serán vencidos y castigados por las espadas de Islam.

Uno solo de ellos se revolverá contra todos.

Escrito está que la flor lánguida, la joven flor anhelante de vida, halle en el león vencido su vida y su muerte, su amor y su alma. Allah los ha unido en la eternidad y nada podrá separarlos: ni aun la muerte.

¿Comprendes ahora porque yo, reconociéndote por tu hermosura, por tu bravura, he visto claramente en tí al esposo que Allah ha dado en la eternidad a Aixarah, te he mirado con amor, te he favorecido, te he honrado, te he levantado hasta mí y no he querido tu rescate? ¿Cómo me puedo yo oponer a los decretos del Altísimo?

Juan Diéguez continuaba silencioso y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Yo no puedo separar a los que Allah ha unido, dijo Abul-Zeyan: ella te salvará con ella o se perderá contigo: ven.

Y llevándole a una puertecilla, le dijo:

—Sigue: por allí llegarás a tu esposa.

Juan Diéguez pasó estremecido.

Abul-Zeyan cerró la puerta.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, dijo.

Y yendo al diván se puso a rezar suras o versículos del Koran

Tres días un profundo misterio envolvió estos amores.

Abul-Zeyan llamó a Juan Diéguez.

Mi hija que moría, mi hija que enlanguidecía, mi hija que se apagaba rápidamente se ha reanimado, ha lucido, ha resucitado; yo no he mirado en nada por salvarla sin perder la más pequeña parte de tiempo y la he enviado su vida y su alma con su amor: y luego vuestras bodas ¿no habían sido hechas por Dios? Pero no ha podido ser la voluntad de Dios que el esposo de mi hija esté perdido en las tinieblas del error. Tú confesarás al Dios verdadero o aunque fenezcáis los dos no volveréis a veros más.

Aquella noche, una esclava comprada llegó a los que más que amantes debían llamarse esposos.

Se habían prevenido escalas en un adarve que limitaba los jardines de las habitaciones de Aixarah: en una callejuela, un monfí, esto es un saltea-

dor que se había ido a buscar a la sierra, esperaba con tres caballos.

Juan Diéguez cogió a Aixarah por la cintura y se abalanzó con ella a la escala.

La esclava quiso salvarse también.



Pero la alcanzó el chuzo del guarda que la hirió en un costado.

Entre tanto un guarda que descubrió la fuga dió la alarma.

Llegó la noticia a Abul-Zeyan que se traspuso de cólera.



Se aperció para seguir inmediatamente a los fugitivos con algunos de los hombres del castillo.

Pero no se sabía por donde ir en su busca.

Se preguntó a la esclava agonizante que lo reveló todo.

Poco después Abul-Zeyan salía con la rapidez y la fuerza de la tempestad por la puerta de Elvira y se lanzaba sobre la vega.

Hay entre Archidona y Antequera, cerca de esta última población, una enorme peña escarpada de una altura inmensa que en tiempos de guerra servía a los de Antequera de atalaya y por lo tanto la Peña de la Atalaya se la llamaba.

Nuestros amantes corrían, corrían. Una hora más de fuga y habrían atravesado la frontera.

De improviso vieron una nube de polvo a lo largo del camino a la parte de Granada. Entre aquel polvo que avanzaba como una tromba relucían lanzas. Pero Aixarah estaba de tal manera fatigada que no tenía fuerzas para cabalgar sola.

En su caballo la tomó Juan Diéguez y partió con la desesperación en el alma y el corazón en Dios.

Se veía ya cerca la Peña de la Atalaya.

Más allá aparecían sobre una altura los rojizos muros de Antequera.

Pero la jornada había sido larga, violenta, el doble peso se hacía insoportable al caballo.

Al fin, ya muy cerca del peñón cayó reventado.

Juan Diéguez levantó en sus brazos a Aixarah y emprendió la subida agria, escarpada, difícil del peñón.

Pensaba defenderse desde sus asperezas, y dar tiempo a que, vistos desde Antequera, viniesen a su socorro.

Cuando se encontraban a la mitad de la subida llegaron al pie Abul-Zeyan y los suyos.

Juan Diéguez puso a Aixarah a cubierto en una aspereza y empezó a lanzar grandes piedras sobre los que subían, y con tal rapidéz que hubieron de desistir del asalto.

En cuanto a los dos amantes, se habían resuelto a morir.

Llegaron a la cumbre, a la que poco después asomaba Abul-Zeyan.

Entonces un vértigo horrible se apoderó de Juan Diéguez.

Cerca ya del borde del horrendo tajo, Juan Diéguez asió frenético a Aixarah por la cintura, y diciendo:

—¡Muramos juntos por Dios y por nuestro amor! Avanzó hacia la cortadura.

—¡Ah! ¡no, no! gritó desesperado Abul-Zeyan que al fin era padre; yo os perdono—, pero era ya tarde.

Juan Diéguez, abrazado con Aixarah, se había lanzado por la cortadura.

Abul-Zeyan cayó a tierra sin sentido y no se levantó más.

Se tuvo por milagro, el que a pesar de lo violento de la caída, los cadáveres de los dos amantes permanecían abrazados.

Por piedad, se les enterró abrazados como habían quedado, en una fosa que se abrió al pie del peñón. Los cristianos pusieron luego sobre la sepultura una cruz.

Desde entonces aquella gigantesca roca, dejó de llamarse Peña de la Atalaya, para tomar el nombre, que aún conserva hoy, de Peña de los enamorados.



EL BAILE DE LAS AVES

Las aves son unos animales que llaman justamente la atención del hombre por una porción de particulares de su instinto, que hacen muchas veces parecer que están dotadas de inteligencia.

Las aves, cuando tratan de hacerse el amor, cantan, bailan y hacen mil figuras en las que el macho trata de demostrar a la hembra su pujanza y belleza. Todos hemos visto mil veces al pavo real como hace ostentación de sus galas naturales, desplegando su inmensa cola, que parece un gigantesco abanico cuajado de pedrería, y cómo da vueltas solemnemente como si quisiera que aquel adorno sin igual fuese bien visto de todas partes. Lo mismo hace el pavo común, sacando el pecho, abriendo la cola y arrastrando las alas por el suelo.

Un ave maestra en el arte de hacer la rueda, es la avutarda. El macho de esta especie, cuando quiere captarse el afecto de la hembra, infla el pecho, ahueca las alas, levanta todas las plumas y echa hacia atrás la cabeza hasta esconderla de tal manera entre el plumaje de la espalda, que sólo se ve las largas barbas que adornan su pico. En esta actitud, parece la avutarda una enorme bola de plumas que gira lentamente sobre dos patas y ofrece un espectáculo verdaderamente bonito.

Aves que bailan

Una costumbre más interesante es la que ofrece la ave de la Nueva Caledonia, que, cuando hace la

corte a su hembra, ejecuta una especie de baile dando vueltas y sosteniéndose con el pico de la punta de la cola o de una de las alas, como si estuviera bailando un minué.

Esto de que un pájaro baile podrá parecer una exageración; pero la verdad es que hay muchas especies de aves que son hábiles danzarinas; entre ellas algunas tan conocidas como las grullas y las aves frías. El avestruz no sólo baila para agradar a su pareja, sino que termina algunas veces su baile arrodillándose delante de ella, lo mismo que hace el baturro en ciertos pasos de la jota. En algunas especies, se juntan dos o más machos para bailar, o el macho y su hembra, o muchos individuos de muchos sexos, y entonces la danza adquiere todo el aspecto de una verdadera fiesta.

En la América del Sur hay muchas de estas aves bailarinas. Una de ellas es el gallito de roca, pájaro de plumaje anaranjado y negro, que no tiene parecido ninguno con los gallos, debiendo su nombre únicamente a su moño, a modo de cresta, que tiene sobre la cabeza. Estos gallitos de roca se reúnen en gran número para bailar, pero sólo baila uno cada vez; los demás permanecen alrededor, mirando. El bailarín empieza por dar algunas vueltas con las alas abiertas, y poco a poco va tomando mayor velocidad, hasta que acaba por girar vertiginosamente como si fuese una peonza. Cuando ya no puede más, se retira y otro sale del corro para ocupar su

lugar y hacer idénticos movimientos.

Un rigodón extraño

Los teruferos, que son aves americanas, tienen la costumbre siguiente: De una pareja de estas aves sepárase uno de los individuos, que se aproxima a otra pareja, la cual le recibe con evidente corte-



sía; los tres se forman en hilera, el visitante delante y los visitados detrás, y así echan a andar gravemente, marcando el paso y dejando oír a la vez una especie de redoble. De pronto se detienen, y el visitante, volviéndose de cara a los otros dos, levanta las alas y se queda completamente inmóvil, mientras la pareja visitada baja la cabeza hasta tocar el suelo con el pico, y en esta



actitud permanecen todos algunos momentos. Después retírase el visitante para reunirse con su compañera, y ambos, a su vez, reciben otras visitas del mismo modo.

Al observador que ha presenciado una de estas escenas no puede parecerle extraño nada cuanto se diga sobre bailes y cortesías de las aves. Sin embargo, hay algunas especies marinas que siguen todavía prácticas más extraordinarias. En las islas más solitarias del Pacífico, los albatros dedican horas enteras a bailar una especie de rigodón con música y todo. Una de las aves se aproxima a otra haciendo verdaderas reverencias y profiriendo una especie de graznido, como si le preguntase si quiere bailar. Si la otra acepta, responde con análogas reverencias, y en seguida cruzan sus picos rápidamente varias veces seguidas. Después uno de los albatros vuelve la cabeza y levanta un ala, mientras el otro, poniéndose muy tieso, empieza a relinchar como un caballo. A continuación, cada una de las aves da una vuelta alrededor de la otra, alzando las patas como en esa ridícula danza de negros que hace años estaba de moda con el nombre de «cake walk», y, por último, colocadas una frente a otra, se ponen de puntillas y levantan el pico al aire, estirándose todo lo que pueden y lanzando una especie de gemido prolongado.

Danzas en el agua y en el aire

Algunas aves acuáticas ejecutan sus bailes en el agua y, de ellas, ninguna tan digna de mención como el sormomujo moñudo, por las extravagantes actitudes que macho y hembra adoptan mien-

tras danzan. Tan pronto avanza uno contra otro nadando con el cuello muy erguido y llevando encrepado el doble moño a que esta especie debe su nombre, como uno de ellos se encoge y abre las alas encima del agua a modo de abanico, mientras el otro se sumerge y vuelve a salir de repente, en posición vertical, muy estirado pareciendo enteramente un fantasma que surge de las ondas. Otras veces, las dos aves bajan al fondo, y de pronto cada una de ellas sale llevando en el pico unas cuantas hierbas acuáticas que ha cogido en el fondo, y sosteniéndose casi de pie en el agua por medio de un rápido movimiento de las patas, que levanta nubes de espuma, se arriman una a otra como dos personas que bailan, y empiezan a moverse cadenciosamente.

Algunas aves hacen extrañas evoluciones en el aire. Las chovas, por ejemplo, suben una tras otra a gran altura y, volviéndose de repente patas arriba, se dejan caer de espaldas hacia tierra, recorriendo la posición normal y ascendiendo de nuevo antes de tocar al suelo.

En los países del norte, las agachadizas, practican durante la primavera una curiosa costumbre. Tanto el macho como la hembra, remontan el vuelo hasta que aparecen como un punto en el cielo, y entonces uno de ellos, o los dos, se deja caer diagonalmente hasta cierta altura, volviendo a subir y repitiendo la misma operación muchas veces. En el movimiento de descenso, el ave agita rapidísimamente las alas y abre mucho la cola, cuyas dos plumas más externas, separándose de las demás, al dejar pasar el aire producen por vibración un so-

nido muy extraño, que recuerda el balido de una cabra.

Un jardín para baile

Todo esto podrá parecer extraordinario; pero más extraordinario es que hay aves que, no sólo bailan, sino que hacen jardines para sus bailes. Una de las que tienen esta habilidad es la oropéndola de collar, Australia.

Este ave, cuando viene el buen tiempo, con ramitas entrelazadas forma un especie de plataforma en el suelo, de una vara de larga y casi otro tanto de ancha. A los lados de esta plataforma planta ramitas, que sostienen con piedrecillas, procurando colocarlas encorvadas o inclinadas hacia dentro, de manera que se crucen en lo alto. Sobre ellas disponen otros palitroques más ligeros, y así logran formar un túnel de ramas, que revisten interiormente con largas hierbas, sujetas con guijarros, que procuran buscar los más redondos y limpios que sea posible. Terminada la construcción, dedícanse las avecillas a buscar toda clase de objetos relucientes, blancos o de colores llamativos. Todo esto lo van colocando dentro y fuera de su glorieta, y, además, con piedrecillas, marcan caminitos que conducen al túnel de ramas, y ante cada entrada de éste levantan un montoncito de tierra que adornan con bastante gusto.

Terminada la obra, se dedican a disfrutar de ella celebrando reuniones, donde los machos que tienen un bonito plumaje, se pasean orgullosos ante sus hembras, más modestamente vestidas, y después viene el baile; pero cada sexo baila separada-

mente: los machos por un lado y las hembras por otro. Sin embargo, el resultado final es como en los bailes de alta sociedad: la fiesta acaba generalmente, en unas cuantas bodas.

En Nueva Guinea existe otra ave del tamaño de un tordo, a la que los indígenas dan el nombre de pájaro jardinero, a causa de sus curiosas costumbres. En efecto, esta ave no sólo hace un verdadero jardín, sino que en medio de él construye un quiosco o pabellón. Para ello busca un sitio donde el suelo esté bien liso y crezca alguna planta o arbusto de tallo recto. Contra este tallo, a cosa de medio metro de altura, apoya unos cuantos palitroques, sujetándolos con fibras y tiras de hierba, y luego da solidez a su obra con ojas, musgo y ramitas, de modo que resulte una chocita de forma cónica, a la que deja en un lado su correspondiente puerta. Luego viene el jardín. Nuestro pájaro busca musgos y líquenes de vivos matices y los reparte por el suelo en torno de su cabaña, y después, sobre esta alfombra va colocando flores, pequeños hongos y frutas de colores vivos. No tardan en acudir allí lindas mariposas y brillantes escarabajos, el ave se apresura a capturarlos y les arraca las alas o los élitros para completar la ornamentación. Cada vez que todo esto se seca y pierde su natural brillantez, el pájaro jardinero procura renovarlo, de modo que el conjunto ofrece siempre un agradable aspecto.

Estas curiosas costumbres de las aves nos enseñan cómo es la Naturaleza maestra de una porción de cosas que creíamos peculiares de nuestra inteligencia.

UN LAPUSUS LINGUÆ

En una comida que daba un nuevo rico de Bruselas, un camarero torpe dejó caer una lengua de vaca sobre uno de los convidados.

—No es nada, dijo éste limpiándose; no es más que un *lapsus linguæ*.

La ocurrencia agradó, e hizo reír mucho. El nuevo rico la admiró tanto más, cuanto que no sabía latín, y procuró conservarla en la memoria, proponiéndose hacer uso de ella en la primera ocasión.

En una segunda comida, para la cual había cuidado de convidar exclusivamente a personas que no asistieron a la primera, llamó junto a sí al mismo camarero, en el momento en que entraba llevando una pierna de carnero, y le dijo en voz baja:

—Me vas a verter ese plato sobre el hombro.

—¡Oh! no, señor, no tenga usted cuidado. No volverá a sucederme.

—Te digo que es preciso que me lo viertas, y al instante o te despido.

El camarero se decidió por fin, y con un descaro que dejó sorprendidos a todos, dejó caer la pierna de carnero sobre el frac de su amo.

—No es nada, señores, dijo el nuevo rico. Es un *lapsus linguæ*, y nada más.

Nada: no produjo efecto alguno la frase y nadie dijo una palabra.—¡Imbéciles! murmuró el nuevo rico al oído de su mujer, ¡no hay uno solo entre ellos que sepa latín!

COSAS DE MARRUECOS

COMO SE FORMA :: UNA HARKA ::



Harka, es una voz árabe, que significa algo parecido a movilización. Y es que, en efecto, las *harcas* no son sino movilizaciones temporales de los hombres útiles de las kábilas. Cuando un kaid necesita formar su *harka*, envía a todos los jefes de fracción dependientes de él, un emisario portador de un escrito, en el que se determina la necesidad de reunir el contingente armado de la kábila y cantidad de hombres de a pie y a caballo que debe concurrir por cada una. El *cheig* determina a cada familia los hombres que debe aportar. Y en las casas marroquíes, se resuelve con más o menos facilidad el problema de enviar al jefe, el soldado o soldados que exige. Si hay voluntarios, marcha desde luego el voluntario; si no existe voluntario se sortea, entre los mayores de edad, y en ocasiones se envía un sustituto, cuya concurrencia se compra con dinero.

Porque en las casas marroquíes, como en otras casas europeas, algunas veces se siente el deseo de tranquilidad y entonces desagrada la guerra. A pesar del carácter aventurero de la raza, los hay tristes quienes abandonan con disgusto la *mugera* y la casa. De todas maneras, el moro fanático y resignado acepta con facilidad la aventura del combate que significa la promesa de un botín en caso de fortuna, o el paraíso de las huries de Mahoma en caso de desgracia.

Cada familia debe tener el cuidado de cubrir las bajas que se ocasionen, pues en buenos principios rifeños, el número de hombres que facilita cada kábila debe ser invariable. Así, en caso de herida, el padre reemplaza al hijo y el servidor al amo. Esto se verifica cuando la cosa marcha bien, porque cuando hay descalabro... la gente se vuelve tranquilamente a sus casas alegando que el jefe *no-estar miziano* para mandar hombres...

El campamento de la *harka*.

Cuando la *harka* se reúne y forma su campamento, cada tribu tiene su sitio y sus tiendas ya determinadas con relación al lugar que ocupa el jefe. Estos campamentos parciales de tribu tienen sus guardias particulares. Durante la noche, nadie debe franquear un campamento que no le corresponde. Los centinelas que hacen su servicio sentados y con el fusil entre las piernas, tendrán cuidado de que nadie franquee su recinto. En los campamentos de la *harka* no se exige el silencio. Los harqueños pueden encender hogueras y al amor de la lumbre cantan, ríen, tocan el *gembri* y beben a sorbetones los clásicos vasos de té con hierba-buena. Y pueden



Tipos de la *harka*

prolongar hasta el alba si quieren sus reuniones alegres.

El servicio de seguridad del campamento se instala de una manera especial, que quizá pudiera servir de enseñanza a nuestros servicios.

Desde luego, se colocan centinelas en todas las partes, cuyos centinelas detendrán con su fuego a todo el que intente aproximarse. Pero la verdadera seguridad del campo, la que hace dormir confiados a los kabileños está muy lejos. En efecto, todas las tardes, antes de que el sol acabe su carrera en el horizonte, cada tribu destaca un tercio o un cuarto de su fuerza. Estas fuerzas reunidas y revistadas para que el jefe tenga seguridad del número de hombres empleados y de municiones que cada hombre lleva, se distribuyen en grupos de veinte a veinticinco hombres, los que ocupan puestos avanzados, variable siempre y en ocasiones a distancias hasta de tres kilómetros del campamento. Si durante la noche se ven atacados, no deben replegarse; al contrario, los puestos grandes deberán acudir en socorro de los pequeños; los moros saben que durante la noche no se pueden realizar operaciones

importantes y consideran que si el cuarto de la fuerza total, no tiene poder para resistir el ataque nocturno, tampoco podrían durante el día resistir el embite las fuerzas todas, y lo mejor, en tal caso, será dejar el campo.

La marcha y el combate.

Durante la marcha, la harka, tiene sus exploradores y flanqueadores que aseguran el paso de la columna. Los hombres de las distintas tribus, sin formación regular de ninguna especie, caminan agrupados al rededor de su jefe. Si ven llegar un aeroplano todos se tienden en el suelo y no se levantan hasta que el aeroplano se ha alejado o le han visto tirar el número de bombas que consideran constituye la dotación. Nuestros aviadores en Melilla, señalaban la circunstancia de que en el momento en que habían lanzado las nueve bombas que llevaba el aparato, se veían surgir de sus abrigos a los rifeños que ya consideraban inofensivo al *parajón*...

El combate de los *jarqueños* es singular. Los hombres de la jarka forman en cuatro grupos. Uno de ellos, constituido aproximadamente por el tercio del efectivo total forma la reserva, y los otros tres, constituyen la vanguardia y los flancos prestos siempre a maniobrar para envolver al enemigo. Si hay jinetes, éstos forman la vanguardia y caracoleando sus caballos se adelantan y hacen fantasías para descubrir y fijar al contrario. A los jinetes siguen los infantes más ágiles. Estos avanzan cuanto les es posible, buscando siempre el provecho en el combate. Un fusil, una carabina o una dotación de municiones de un hombre caído será su botín. Y si ellos caen, deben ser socorridos en seguida por los de a caballo, que los llevarán a la grupa si son heridos, o arrastrarán con cuerdas terminadas en garfios de hierro si caen muertos.

El cuerpo del hombre que cae, debe ser enterrado por los compañeros. Con ello tendrá más seguras y fáciles las puertas del paraíso mahometano. El moro es muy dado a la fantasía. Así se ve con frecuencia cómo los caballos corren por el frente y hacen mil cabriolas mientras desafían un fuego intenso. Pero todas las fantasías caen por tierra si se ven en peligro de quedar envueltos. Un loco terror se apodera de ellos y abandonan en seguida el campo. Por eso resisten firmemente los ataques frontales y ceden, en cambio, en cuanto se ejecuta la conveniente maniobra.

La cobardía en el combate es duramente castigada. Un tiro en el acto acaba con la vida del cobarde. Si el *harkeño* es simplemente *frito* será desarmado y



Fantasías moriscas



En la kábila

después de recibir cien palos, marchará cargado de cadenas a expiar su debilidad en la obscura mazmorra del jefe. Pero esta cobardía que tiene grande importancia en el individuo aislado, no la tiene en el conjunto. La kábila entera puede correr, porque así lo exijan las conveniencias del combate; y si la paliza recibida fué dura, la kábila entera se dispondrá a pedir perdón y matará el toro que es prueba de sometimiento. La cuestión es acomodarse a las circunstancias, que tiempo tendrán de declararse en rebeldía en cuanto vean que el poder del que los venció se debilita o ellos tienen medios de asegurar un ataque que les brinde seguro el apetecido botín.

V. VALERO DE BERNABÉ

MOROS Y ESPAÑOLES

Diferencias halladas por Rittwayen

Nosotros nos afeitamos la cara y nos cortamos el pelo. Ellos se afeitan la cabeza y se cortan la barba y el bigote.

Nosotros nos sentamos en sillas y dormimos en alto. Ellos se sientan y duermen en el suelo.

Nuestras casas tienen vistas al exterior. Las suyas suelen ser paredes lisas, sin más que minúsculas aberturas, a lo sumo.

Nosotros llamamos por señas con la mano, volviendo los dedos hacia abajo. Ellos lo hacen al revés, como si se despidieran a nuestra usanza.

Nosotros escribimos las vocales y marcamos los períodos. Ellos escriben solamente las consonantes, y no usan signos ortográficos, sino solamente puntos diacríticos.

Nuestras músicas preceden en los desfiles. Las suyas van siempre detrás de los cortejos.

Nuestras mujeres se descubren el rostro y se velan lo demás. Las suyas van con el rostro muy

tapado y muy desabrigadas por las piernas.

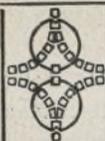
Nuestras costumbres prohíben maltratar a la mujer. Las suyas lo autorizan bien terminantemente.

Nuestras mujeres son las que preferentemente frecuentan los templos. Las suyas tienen vedado el acceso a las mezquitas.

Nuestros templos no tienen luces interiores, y sus naves son elevadas. Las mezquitas reciben las luces de patios interiores, al modo de claustros, y sus techos son de poca elevación, comparados con los de las catedrales.

Nosotros corremos las cuentas del Rosario de delante hacia atrás. Ellos, al revés: de atrás hacia delante.

Nuestras tiendas son espaciosas, y los compradores entran, sentándose, mientras el comerciante permanece de pie. Sus tiendas son sumamente pequeñas, y el vendedor está sentado, permaneciendo, en cambio, el comprador de pie.



ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez.



Francisco de Hevia

Este Coronel del Regimiento de Castilla murió gloriosamente en el sitio de Córdoba (guerra de la independencia mexicana); el Virrey ordenó que en los libros de orden del Cuerpo y de todos los del ejército se pusiera esta nota:

Memoria indeleble del benemérito y bizarro Coronel D. Francisco de Hevia, del Regimiento Voluntarios de Castilla, expedicionario de línea, muerto heroicamente en el sitio de Córdoba el 16 de Mayo de 1821, defendiendo la integridad de las Españas, la Constitución política y la fidelidad a su Rey el Sr. D. Fernando VII.

HEROICOS CADETES DE CUERPO

Fernando Rodríguez

Del Regimiento Dragones de la Unión. Dió altivo su vida por la Patria en los campos de Batalla de Ica (independencia del Perú) el 7 de Abril de 1822.

José Parreño Lobato

Del Cuerpo de Ingenieros, Murió con heroica grandeza en la defensa del Trocadero (Cádiz), el 30 de Agosto de 1823.

Mariano Fernández de Folgueras

El 9 de Junio de 1823, los rediciosos acuden a la casa del Teniente-Rey de Manila para arrancarle las llaves de la plaza; Folgueras opone su valor ante la osadía de sus adversarios; lucha en desventajosas condiciones; y cae muerto, dando así la vida en aras de su deber.

Fernando VII ordenó que el nombre de este héroe figurase perpetuamente en el escalafón de su Cuerpo.

Hilario Giral

Por sus esclarecidas virtudes y heroico valor ascendió de soldado hasta la categoría de Capitán ostentando en su pecho la Cruz Laureada de San Fernando, cuatro cruces más de la misma Orden y las medallas correspondientes a las batallas a que asistió. Permaneció prisionero de los franceses durante 9 meses y 8 días, ingresando al recobrar la libertad en el Real Cuerpo de Zapadores.

Durante la guerra de la Independencia se halló en los combates de Ríoseco, Villahermosa, Sodupe, Bilbao, Tucitas, Zornoza, Durango, Bal-

maseda, Espinosa de los Monteros, Puente de Pilines, Villafranca del Bierzo, Lugo, Tamames, Medina del Campo, Alba de Tormes y Olivenza; en esta plaza cayó prisionero.

En la guerra constitucional (1820-23) tomó parte en las campañas que hicieron las tropas del gobierno en Aragón y Cataluña, distinguiéndose en los sitios de Castellfollit y Seo de Urgel.

Con ocasión de la primera guerra civil intervino en los siguientes hechos de armas: Mestas (en cuya defensa se ganó la Cruz Laureada, así como Borbón alcanzó la Corbata para sus Banderas), Mendigorria, Puente la Reina, Zurriani, Zubiri, Artiaga, Bortedo, Arlabná, Valle de Mena, Mediana, Bercedo, Portedo, Miranda de Ebro, Logroño, Lodosa, Peñacerrada, Puente de Belascoain, Arcos y Arróniz.

Al solicitar el retiro, poco antes de su muerte, tenía 76 años de servicio con abonos de campaña.

Juan Gutiérrez

Era Sargento graduado de Subteniente en la batalla de Alegría (guerra carlista, 27 de Octubre de 1834); al apercibirse de que la Bandera de su Batallón había caído en poder de las tropas de Zumalacarregui, decidió a recuperarla; expone ardientemente su deseo a unos cuantos soldados; seguido de éstos lánzase sobre sus rivales; y tras porfiada lucha consigue adueñarse de la anhelada enseña.

Andrés Pacheco

Del anterior Cuerpo (hoy Regimiento de Alava). Combatió con singular heroísmo el 2 de Mayo de 1808, dando su vida por la Patria.

Fausto Zapata

Perteneció al Batallón de Reales Guardias Españolas. Herido en la calle Ancha de San Bernardo el 2 de Mayo de 1808, falleció el 28 del mismo mes.

Defensa de Hostalrich

El 7 de Noviembre de 1809 preséntanse los franceses ante dicha plaza con 7.000 hombres y 600 caballos; la guarnición rechazó siete asaltos obligando a retirarse a los atacantes.

El 15 de Diciembre vuelven otra vez los franceses e intiman la rendición, contestando así su gobernador, el Coronel D. Julián de Estrada.

PAGINA DE ARTE



Un moro de Tánger, por Fortuny

NOTAS DE AVIACIÓN

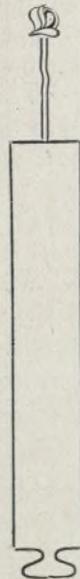
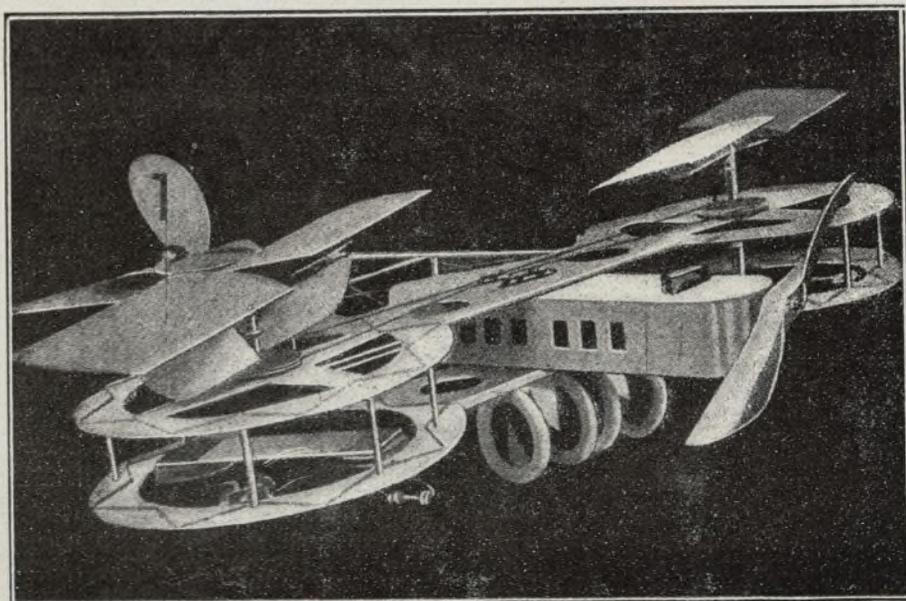
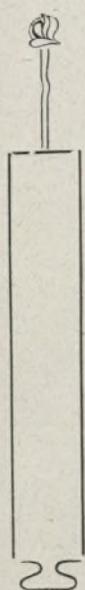
El gran impulso dado por los inventores al helicóptero, presentando aparatos cada vez más perfeccionados, hace pensar si el helicóptero ha de ser la máquina aérea del porvenir

Desde hace algún tiempo, los inventores de aparatos aéreos, han puesto sus miras en el perfeccionamiento del helicóptero tratando de salvar con él los inconvenientes del aeroplano. Es posible que esto consigan. Hay que tener en cuenta que el helicóptero, es más antiguo que el aeroplano. El primer helicóptero se encuentra en los trabajos de Leonardo de Vinci, al que ya se debe la invención del paracaídas.

En los manuscritos hallados en la Biblioteca Am-

destinado a elevar el aparato, y el otro tiene por función empujarlo.»

Lannoy y Bienvenn diez y seis años más tarde, construyeron una máquina compuesta de un arco que trincaba retorciendo la cuerda alrededor de la flecha, y que llevaba en su extremidad libre una hélice formada por cuatro plumas. La parte inferior del aparato estaba provista de otra hélice, solidaria del arco motor y de paso contrario a la anterior. Al volar, la flecha de la hélice superior giraba en



Modelo de helicóptero, que puede ser el barco aéreo del porvenir. Es una mezcla de helicóptero y aeroplano, en el que las condiciones de estabilidad en el aire se hallan perfectamente estudiadas.

brosiana de Milán, se puede ver el dibujo de un helicóptero formado por una gran hélice giratoria sobre eje vertical. Este aparato, en la imaginación del célebre artista, debía estar constituido por una armadura «de largas cañas de hilo de hierro, del espesor de una cuerda» Debía tener «del borde al centro ocho brazas de distancia» y este esqueleto «habría sido forrado con tela de lino tapándole los poros con almidón.»

Allá por el año 1768, Paucton sentó fijamente el principio de un aparato de aviación del género helicóptero, denominándolo pteróforo y «en el que hay dos molinos giratorios, de los cuales uno está

un sentido, mientras la inferior lo hacía en el opuesto. Este proyecto debió ser abandonado.

Primeros helicópteros

Durante el siglo XVIII, los investigadores creyeron en la realización del vuelo humano por el empleo de la hélice en las máquinas aéreas, de la «Santa Hélice», como dice con entusiasmo un sabio matemático amigo de Nadar.

La idea de este órgano de sustentación la provocó al parecer; el nuevo juguete llamado «espiralífero».

Este aparatito, que hoy se ve en todos los bazares, sabido es que consiste en una hélice ligera de hojalata, que se le hace girar rápidamente con una cuerda, a modo de peón, y la reacción del aire bajo las alas de la hélice; eleva al juguete a alturas considerables algunas veces.

Constituyendo esto la confirmación de la potencia ascensional de la hélice aérea, lógicamente había de estimular a los inventores.

Philippe, Marc Seguin, Vittorio Sarti, Cagniard de Laton etc., imaginaron y construyeron diversos aparatos, que desgraciadamente resultaron impotentes para levantar el vuelo.

Una máquina muy interesante es, la de Pauton d'Amecourt, que tienen los franceses en su conservatorio de Artes y Oficios, la cual fué experimentada con cierto buen éxito. Los ensayos demostraron, que en cuanto un ingeniero dispusiera de un motor potente; pero de escaso peso, un helicóptero podría elevarse con facilidad.

Un aparato muy notable, fué el construido en 1877 por Eurico Forlamini. El primero se elevó ante testigos a trece metros de altura y estuvo veinte segundos en el aire.

Este maravilloso aparato, iba accionado por una caldera esférica llena de vapor de agua previamente calentado; pero tenía una provisión muy limitada, de energía, y no llevaba ni hogar, ni fuerza ninguna utilizable.

El aeroplano y el helicóptero.

Cuando el problema de la navegación aérea por el helicóptero, parecía a punto de ser resuelto, otros inventores orientados largo tiempo en distinta dirección, vieron al fin sus esfuerzos coronados por el triunfo.

Los Blériot, Ferber, Levaneur, Santos Dumont, Voisin y Wriglit (para no citar más que a los principales) han producido los aeroplanos que se sostienen en la atmósfera merced a velámenes fijos que se apoyan en el aire mediante su progresión, que es absolutamente indispensable al mantenimiento de estos aparatos.

Este tipo de volador, permite al hombre la realización de su sueño de siempre; viajar por los aires a imitación del pájaro

Las victorias del aeroplano son tales, que hipnotizan a los investigadores y retardan los perfeccionamientos del helicóptero, que sin el avión, habría de seguro progresado con más rapidez.

Por otra parte, se reprocha al avión, con justa razón, el que esté obligado a rodar un cierto tiempo para adquirir la velocidad indispensable a su vuela-



La barquilla del helicóptero Cornu se parece a la de los primeros aeroplanos. Al alcance del piloto se hallan las palancas de dirección y las que sirven para variar la inclinación de los planos.

lo, por lo que necesita un vasto terreno exento de obstáculos, como para su aterrizaje también.

El helicóptero por el contrario, abandonará el suelo verticalmente y volverá a él del mismo modo, sin rodar; lo cual suprimirá los grandes aeródromos que precisan los aeroplanos.

La estabilidad del helicóptero en el aire, independiente de su velocidad traslatoria, obliga a que se atienda a este tipo de aeronave de diversas velocidades, que serían muy importante garantía de seguridad.

El aterrizaje del helicóptero.

Por el contrario, se temerán aterrizajes *catastróficos*, en caso de parada de las hélices sustentatrices. Pero la sucesión de ensayos serios efectuados en los laboratorios aerodinámicos ha probado que las hélices son independientes de su motor, que accionan cual las aletas de los molinos de viento o de los molinetes que usan en aviación para el mando de los generadores eléctricos de los puestos de Telegrafías sin hilos; desenvolviendo, bajo la acción combinada de su descenso y su velocidad de rotación, un trabajo de frenaje, considerable a veces.

Sería audaz, tal vez, asegurar que esta propiedad de las hélices, es en la actualidad suficiente para dar una seguridad cierta a los helicópteros; pero puede admitirse que un perfeccionamiento de estos órganos móviles, haga que se alcance pronto un descenso planeado vertical u oblicuo, que no presentará ningún peligro inmediato serio, ni para la máquina ni para su tripulación.

Se está ensayando ahora, un nuevo helicóptero, el «Alerion», que como los aviones ordinarios está

provisto de un avantren con ruedas, para el aterrizaje.

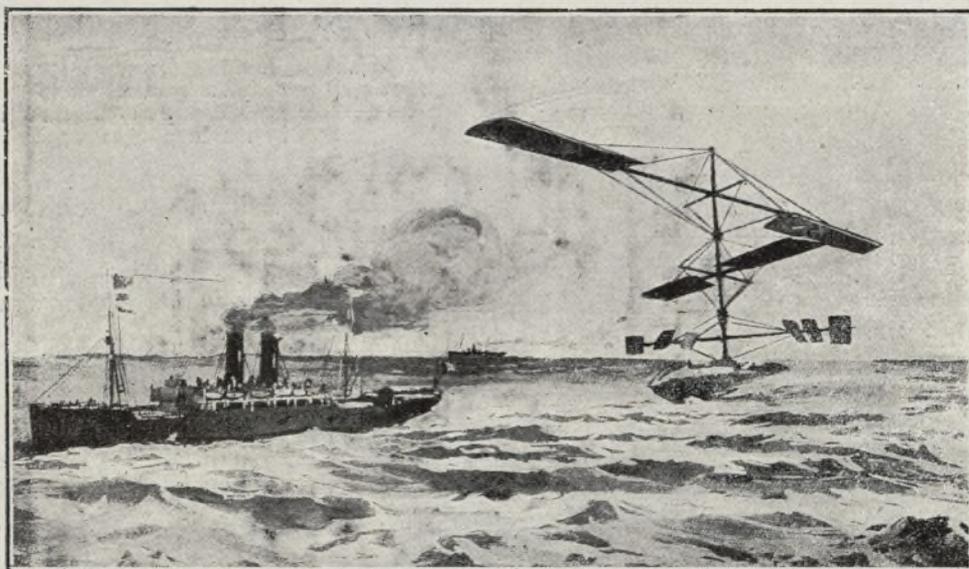
No se cubre de tela el armazón, para evitar resistencias perjudiciales en el vuelo vertical. Por la misma razón, el timón de profundidad está orientado verticalmente.

Han tenido que resolverse aquí muchos y delicados problemas, como el poner en marcha cada motor bajo el mando y desde el sitio del piloto; el embrague y desembrague automaticos y el acoplamiento de los dos motores, para qué se pueda obtener la misma velocidad, cualquiera que sea su

giratorias. Según las inclinaciones dadas a las palas de la hélice, el aparato se elevará, marchará horizontalmente o aterrizará con suavidad.

Lo mismo, en calma completa y contando con que el aviador pueda regular completamente la potencia de sus motores, puede suponerse que el helicóptero podrá planear en un punto, y estar inmóvil en el espacio, lo que facilitará enormemente las observaciones hechas a bordo.

En cambio, para tiempo agitado es de temer una estabilidad precaria de esta máquina, que será sacudida a capricho de los remolinos de aires como



Cuando el helicóptero se halle perfeccionado podrá posarse blandamente en el agua y servir de rápido enlace entre los barcos y la costa en las mil incidencias que se originan en la entrada o salida de los puertos.

unión, y que también permita a cada uno de ellos asegurar la marcha del aparato; es decir, el mando simultáneo de los dos.

El principio de la desviación.

Pero todo el principio del aparato descansa en el *dispositivo inédito de desviación*. Este dispositivo permite *dar a cada pala, en cualquier dirección que gire, inclinaciones diferentes*.

De aquí resulta, que el centro de sustentación del aparato, puede llevarlo el piloto, según le convenga, a la derecha, a la izquierda, adelante o atrás; o bien en un sentido intermedio cualquiera. Así, puede modificar a su antojo la estancia en el airé, de su aparato, reemplazando con esta maniobra, las aletas de los estabilizadores de los aeroplanos.

En resumen, el problema capital de la hélice a paso variable se ha resuelto con el avión de velas

lo sería un barco al del oleaje de una mar enfurecida.

Ellehaunner, que a principios de 1908 pilotó en Dinamarca un triplano muy curioso ante muchos testigos, ha hecho otro tanto a primeros del año actual, con un helicóptero que ha construído.

Lleva este, dos planos circulares, el uno debajo del otro, que giran en sentidos contrarios. En la periferia del plano superior, van doce alitas, verdaderas alas de hélices atacando el aire. Para el vuelo vertical, el sistema está vertical, para la horizontal, se inclina hacia adelante sobre su eje mayor.

La máquina está provista de un estabilizador automático, de un timón de dirección, de un tren de aterrizaje y de una muleta de retranca. Está movida por un motor del mismo autor, de 50 HP, llevando seis cilindros en estrella y que pesan a kilo por caballo.

VULGARIZACIONES MÉDICAS

CÓMO SE OPERA EN EL CRÁNEO

La cirugía de los centros nerviosos es emocionante y peligrosa. Hay que tener el alma bien templada para osar poner mano en estos órganos, nobles entre todos, puesto que son los que presiden nuestro pensamiento, nuestros movimientos, nuestras sensaciones, y aun más, nuestra conciencia.

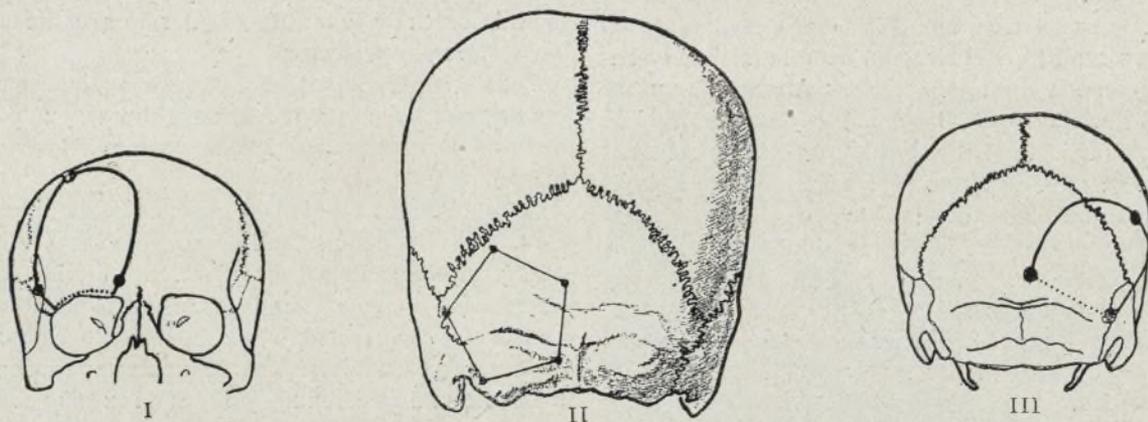
Hacen de nosotros lo que somos: seres libres capaces de reflexionar, de querer, de recordar y hasta algunas veces de mostrar una imaginación creadora.

Para apreciar mejor en qué circunstancias la cirugía tiene el deber imperioso de intervenir, pueden presentarse tres casos típicos, en los que de la

Cuerpo extraño en el encéfalo

Levantada la cura se vió que una especie de masa grisácea embetunaba los cabellos empapados de sangre; era el cerebro que había resbalado a través de la herida.

Llevaron al paciente a la cama de operaciones y con una pinza-gubia se le ensancha el orificio que practicó el proyectil. Se levantan y extraen las esquirlas y la brecha es agrandada y regularizada sus bordes. Esto conduce en seguida a las meninges grisáceas, dislaceradas y abiertas. En un punto de esta exuberante masa, la tela nerviosa hierbe.



La trepanación se hace por los sitios y en la forma que indica este grabado. Los circulitos negros son los orificios que se hacen con el berbiquí y que luego se unen entre sí mediante cortes de sierra. El trozo de hueso cortado se desprende y por la abertura producida opera el cirujano.

atrevida intervención quirúrgica depende la vida o la muerte del enfermo.

Estos tres casos son: 1.º la penetración de un cuerpo extraño en el encéfalo; 2.º la infección del cerebro por formación de abscesos, y 3.º el tumor cerebral.

Refiere un médico militar, que en 1915, durante la retirada serbia, les llevaron a la ambulancia establecida en una mezquita de Kavadar, un herido de cabeza, que la llevaba envuelta en vendajes y dejaba oír una respiración parecida a la ebullición del agua; la faz congestionada, los ojos vidriosos, los carrillos flácidos, y privado de todo conocimiento.

Una bala, un casco de metralla o un srhrapnell le había desfondado la tapa craneana.

El proyectil ha debido penetrar en ella. Con precaución se introduce a esa altura un estilete, y se produce el choque metálico porque se acaba de tocar el cuerpo extraño.

Con delicado cuidado, se coge mediante unas pinzas, y se extrae un casco de metralla de varios gramos de peso.

Después se limpia la herida irrigando con agua salada caliente, de modo que barra los detritus de huesos, de tierra y de cabellos muy pequeños, que abundan allí.

Ya no queda, sino hacer una cura tal, que mantenga en su sitio la sustancia cerebral, y poco a poco desaparecerá la hernia a medida que vayan cicatrizando las meninges si todo marcha bien y no sobrevienen meningitis ni abscesos.

Un absceso. Curación increíble

He aquí otro caso típico de curación de un absceso en el cráneo. El paciente es un niño. La operación se practicó así:

A lo largo del pabellón del oído, se mete el bisturí hasta el hueso, que aparece desnudo por una raspadura.

El operador armado de cincel y martillo, ataca el hueso. En la sala de operaciones, en medio de su silencio resuenan los golpes secos del martillo sobre la gubia.

La pinza cortante ensancha los bordes del orificio que se ha hecho; límpíase el hueso que aparece bajo esta mordedura y se sigue abriendo camino hasta reconocer las lesiones que ha provocado el pus en su marcha hacia el interior; estas lesiones llegan hasta las meninges, que se encuentran en tensión y recubiertos de fongosidad.

Momento trágico, del que depende la vida del enfermo.

Con precaución, una larga aguja es hundida en pleno cerebro, y el cirujano tiene la fortuna de llegar con ella al punto infectado. Abundante pus se presenta en el pabellón de la aguja, que sirve de hilo conductor para introducir una sonda acanalada y después un tubito de caucho que ha de servir de vía evacuatoria. Alrededor de él, según una tradición bienhechora que siguen todos los tejidos de meninges, van a entrar en reacción y a formar un cordón de defensa.

De aquí que el tejido nervioso contiguo quedará protegido contra la infección y sus desgastes serán limitados.

La operación está así terminada; el pulso ha llegado a 90, y algunas horas después, el enfermo empieza a salir de su sopor.

En el siglo pasado los que padecían abscesos análogos, estaban irremisiblemente condenados a morir. Hoy la cirugía tiene poder para salvarlos.

Un tumor en el cerebro

Veamos cómo se practica tan arriesgada operación:

El día de ella se sienta al enfermo en una silla especial con apoya-cabeza. El cráneo se rasura, se desgrasa al éter y después al alcohol y a tintura de iodo.

No hay que dormir, aunque se insensibiliza la región elegida, sobre que previamente se han señalado los puntos que limitan la zona de ataque.

Vivamente se mete el bisturí hasta el hueso y se corta todo el espesor del cuero cabelludo. El hueso así marcado, varía de forma según los casos; puede ser cuadrado, rectangular, de herradura, etc.

Hoy, algunos cirujanos modernos se sirven de fresas esféricas movidas por motor, trazando o tallando así las revoluciones craneanas en algunos segundos, sin estremecer ni hacer vibrar ni trepidar la cabeza del enfermo.

La mayor parte de los operadores emplean perforadores a mano, denominados trepanadores, que no son otra cosa que berbiqués perfeccionados. Se imprime al instrumento sin movimiento de rotación regular, sin sacudidas, los dientes de la corona metálica muerden el hueso y se practica un agujero circular.

Los diferentes orificios que se hacen en cada ángulo del polígono óseo que se trata de levantar, se unen entre sí por cortes de sierra.

De este modo se aísla un trozo óseo al que se adhiere la piel del cuero cabelludo que no se le une más que por su base. A esta altura se fractura con palanca de elevación progresiva y regular; luego de practicada la operación vendrá el momento de tapar la brecha y evitar que el enfermo necesite llevar un aparato protector.

Toda esta parte inicial de la operación, que antes era bastante larga, puede realizarse ahora en un par de minutos, gracias al perfeccionamiento del instrumental.

Ahora estamos ante la fase patética de la operación. A la vista del cirujano se extienden las meninges, grisáceas, azulinas, surcadas... Si el líquido intracraneano no tiene demasiada tensión, la membrana late con regularidad, y este movimiento rítmico de levantarse y aflojarse, que denuncia imperturbablemente su flujo y reflujo, y ofrece un extraño contraste con la inevitable emoción del operador en este turbador instante en que la vida del paciente está en juego.

Pero hay que seguir adelante: con gran prudencia para no herir la sustancia cerebral, se levanta la meninge y se hace una incisión en cruz. Aparece el cerebro. Con tiento infinito, lentamente, sin violencia, el cirujano hace resbalar el tumor hacia el orificio.

Sin apresuramiento, con todas las precauciones, continúa la peligrosa exploración, hasta que alcanza el tumor, logrando darle vuelta y cogerle entre sus dedos. Si la lesión ha contaminado de adherencias, los tejidos inmediatos, es una desgracia; la curación es imposible. Pero en caso contrario, la esperanza nace en el ánimo del que opera.

Extraído el tumor, podrá salvarse el paciente, y ello será una de las satisfacciones más puras de la vida del cirujano, haber arrancado un ser humano a la muerte, por la destreza de sus manos y por su inteligencia.

VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

Con el auxilio de los aeroplanos se puede determinar exactamente el relieve del fondo del mar

El conocimiento de los relieves que presenta el fondo del mar, en las pequeñas profundidades, es de una importancia capital para la navegación. Las estadísticas navieras muestran que en un solo año (el 1913) se perdieron 181 navíos por causa de choques con rocas submarinas cuya existencia no se hallaba convenientemente fijada.

Por ello, los gobiernos se han preocupado siempre de poseer cartas marinas en las que estuvieran presentados los relieves submarinos de las zonas cuya profundidad fuese menor de 30 metros. Estos levantamientos que han de ejecutarse mediante sondeo y que son por consiguiente difíciles y caros, van a conseguir en adelante un gran impulso por la ayuda que puede prestar la aviación para el conocimiento de las profundidades submarinas.

Las cartas marinas.

Las cartas marinas constituyen el instrumento indispensable al navegante. El marino traza sobre ellas su ruta y necesita por ellas conocer en los sitios peligrosos cuál es el paraje donde puede pasar sin temor de encallamiento. Si es en las cercanías de la tierra, la carta marina tiene que mostrar todo el detalle del relieve, la perfecta situación de las rocas y de los altos fondos, la traza de los canales que podrá seguir el barco en su derrotero.

Hasta ahora, la determinación de los relieves del fondo del mar, se verificaba por medio de sondajes múltiples y laboriosos. El procedimiento consiste en lanzar al mar una cinta graduada de la que pende un peso. Se determina al momento en que el peso llega al fondo y la graduación que queda al nivel del barco determina la profundidad. Los canales importantes se verifican mediante una draga especial.

El procedimiento del sondaje tiene que ser imperfecto, pues no puede dar la seguridad de que un relieve de poca anchura no se haya escapado de la malla de mediciones y sucede que entonces, es la quilla del navío con fiado la que lo descubre a costa de su propia vida.

El aeroplano puede ver el fondo del mar.

El aeroplano puede ser aplicado a las cartas marinas la garantía de que están bien hechas. En efecto, sabido es, que mirando el mar desde cierta altu-

ra y en sentido vertical, puede descubrirse los detalles del fondo. De la misma manera, pueden ser reproducidos por un objetivo fotográfico, así pues, sacando fotografías desde los aviones, se puede determinar la situación exacta en el mar, de los bancos, rocas y canales, que luego se fijarán en la carta.

Tal procedimiento ha sido ya oficialmente utilizado en los alrededores del puerto de Brest donde existen multitud de rocas cuya exacta situación se hacía difícil fijar por los sondajes.

Para ello se han hecho fotografías con los aparatos de 26 centímetros de distancia local utilizados por la aviación militar. El cliché se toma a una al-



Fotografía tomada durante la marea alta. Las manchas blancas que son remolinos de agua, determinan los sitios de las rocas submarinas y altos fondos.



Fotografía tomada durante la marea baja. Las manchas oscuras determinan los altos fondos, tanto más altos cuanto más oscura es la mancha. Así la línea de puntos determina el cauce que deben seguir los barcos para no tener tropiezo.

tura de 2.500 metros por término medio, para tener bastantes puntos de identificación; se hacen fotografías durante la marea baja para registrar sus altos fondos por su comparación con los bajos, y durante la marea alta, para registrar los altos fondos por el efecto de las corrientes submarinas que también se impresionan en la placa.

Las fotografías del mar.

Las fotografías tomadas desde el avión, dan aspecto del fondo del mar o de la superficie del mismo, según la forma en que hayan sido impresionadas, teniendo en cuenta las condiciones siguientes:

Los fondos marinos, impresiona la placa fotográfica si el mar está con calma y si están iluminados, lo cual exige que el sol esté bastante alto sobre el horizonte. La mayor profundidad a que se ha conseguido fotografiar su fondo, ha sido la de 20 metros.

Los detalles se determinan según los trozos que se ven en la placa, sabiendo que los altos fondos corresponden a las manchas muy oscuras.

Si se impresiona una placa en el momento de tener lugar las corrientes de marea, también quedarán determinados los relieves del fondo, puesto que estas provocan en la superficie del mar una agitación y remolinos, características que revela la placa.

Resulta pues, que la fotografía aérea, sea por el registro del fondo de mar, sea por el de superficie, constituye un nuevo y eficaz procedimiento para determinar detalles en las cartas marinas.

Las fotografías que acompañan el presente artículo es prueba evidente de cuanto acabamos de mencionar.

UN CUENTO DE CERVANTES

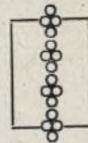
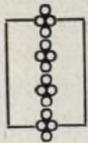
Había en Córdoba un loco que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de mármol o un canto no muy liviano; y en topaba con algún perro descuidado se le ponía junto y a plomo dejaba caer él el peso. Amohinábase el perro y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros en que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióle y sintióle su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco y no le dejó hueso sano; y a cada

palo que le daba, decía: «Perro, ladrón, ¿a mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un alheña. Escarmentóse el loco y retiróse, y en más de un mes no salió a la plaza, al cabo de cual tiempo volvió a su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: «Este es podenco, guarda.» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o gozques, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto.

LA GUERRA DE MAÑANA

La cuestión de las Islas Filipinas, y como consecuencia, la guerra entre el Japón y los Estados Unidos, se halla en el ambiente, como se hallaba antes de la contienda europea, la guerra entre Francia y Alemania. Se escriben crónicas y se hacen profecías sobre ellas.

Reproducimos como muestra un interesante artículo visionario de Georges Fondourz, que trata en la «Guerra de mañana».



Hace un par de semanas, estando en Manila, mi viejo amigo el gran negociante chino Kiang, me ofreció una fiestecita de té y opio, mano a mano (nuestra común pasión).

Al comienzo, hablamos de cosas indiferentes; después, a la séptima pipa, me dijo Kiang con cierta sonrisa:

—Es media noche, estamos a 29 de Abril; las Islas Filipinas, colonia americana, son posesión japonesa.

Oyóse el estruendo de una andanada que rugió como una tempestad. Mi huésped indicó.

—Es el saludo a la nueva tierra japonesa... mire usted.

Abrió una ventana que daba a la rada.

En una aureola de proyecciones eléctricas, vi diez grandes navíos y unos veinte de menor porte, de los cuales ninguno se encontraba allí a la puesta del sol.

Todos ostentaban sus amenazadores cañones. ≡

Tokío está a 1.740 millas de Manila, calculó Kiang sonriendo. La escuadra ha zarpado hace treinta y dos horas; ha traído buena marcha.

Puede usted percibir los mástiles de los seis cruceros que tenían aquí los Estados Unidos, y que han echado a pique los submarinos de vanguardia..

Balbuente, buscaba yo una frase que no fuese molesta:

—Pero esto es un... esto es un...

—Esto es un ataque brusco, sonrió el chino.

—¡Hace dos horas, nadie pensaba en una guerra yanki-nipona!

—No; pero hace diez años que todos la preparan respondió Kiang.

Las salvas continuaban con regularidad.

—Ahora tiran al blanco. Sencillamente una diversión; agregó mi amigo.

—¡Cómo! ¿El país no se defiende?—exclamó estupefacto.

—¡Defenderse! ¿Con qué?... ¡Usted olvida que el Japón no ha permitido nunca a los Estados Unidos, tener otra cosa en Manila que tres bases carboneras y de abrigo sin defensa fija ninguna! y que como se ve ha sido prudente.

—Pero ¿y la población?

—Japonesa de inclinación, amigo mío... En las

3.100 islas e islotes que constituyen nuestro rico archipiélago filipino, hay 12.000 blancos, contra 6.988.000 habitantes de raza malaya... Esta es una partida perdida de antemano para los blancos.

Grandes resplandores se veían por todas partes. Kiang me manifiesta:

—La ciudad ilumina. La iluminación está dispuesta desde hace seis meses.

Yo pretendo aún discutir y le digo:

—Pero vendrá la escuadra americana.

—Demasiado tarde. Está en Hawai, a 4.800 millas de aquí; 9.000 kilómetros. Vendría con sus pañoles vacíos y a propósito para el aniquilamiento.

—¿Entonces?...

—Pues, que el primer acto de la guerra está librado. Dígame: ¿Le interesaría ver eso de cerca?



Kiang me señaló el espectáculo y dijo: Esta es la gran escuadra... (Apunte de un dibujo de Verdugo Landi).-

¿Sí? Bueno; poseo un excelente hidroavión y tengo necesidad de hacer algunos vuelos urgentes. Es usted un buen piloto. ¿Quiere acompañarme? Parecióme la cuestión muy rara.

—Con gusto; ¿a dónde?

—A las islas de Samoa.

—¿Eh, a 4.620 millas de aquí?

—No, a 4.726; pues le rogaré que demos una vuelta por la isla de Yap, donde tengo que comunicar una orden.

La hora de la batalla.

He ahí, como al amanecer del día siguiente, 30 de Abril, Manila se empavesó con banderas japonesas. Nuestro hidroavión alzó el vuelo constituido en hidroavión de comercio, pilotado por W. Dubar de París y Mr. Kiang de Shangai, encargados de un viaje comercial en Oceanía.

—Inútil es decir—manifestó Kiang—que no es comercial nuestra misión, ni que la isla de Guam ha caído también esta noche en poder del Japón.

El amarillo había dispuesto delante de mí un magnífico derrotero del Pacífico, marcado con rayas azules, rojas y verdes. Con el dedo señalaba esa pequeña Guam, de 50 kilómetros de longitud por 8 de anchura, que obtuvieron los Estados Unidos por el tratado de 1898; pero que la circundan estrecha-

mente las islas Yap, Carolinas, Marsal y Marianas; todas, antiguos islotes que el Tratado de Versalles adjudicó al Japón.

—Un avispero es Guam, adcierto.

—Los submarinos nipones, instalados discretamente en Saipan, en las Marsal, en Ponapé (Carolinas) y en Anganz (Pelew), no han tenido que recorrer más que 1.000 millas para ocupar Guam. Un juego.

Llegamos sobre Yap, que emergía de entre el oleaje nuestra vista.

—¿Cómo no han dicho nada los puestos de esta isla? Pues disponen de los cables que eran de los alemanes y que fueron distribuidos entre los Estados Unidos, Holanda y el Japón.

—Nada dirán, porque cables y estación de telegrafía sin hilos, son japoneses desde esta noche.

Me callo, reconociendo en esto la habilidad maniobrera nipona, de que tantas pruebas tuvimos en la guerra ruso-japonesa.

Después de haber reconocido Yap y haber hecho Kianguna, misteriosa señal de inteligencia a un hidroavión japonés que nos salió al encuentro, nos lanzamos en dirección a Guam, a una velocidad de 300 kilómetros.

Volábamos sobre Guam al esconderse el sol, contemplando a nuestros pies la armada nipona que en aquel momento zarpaba.

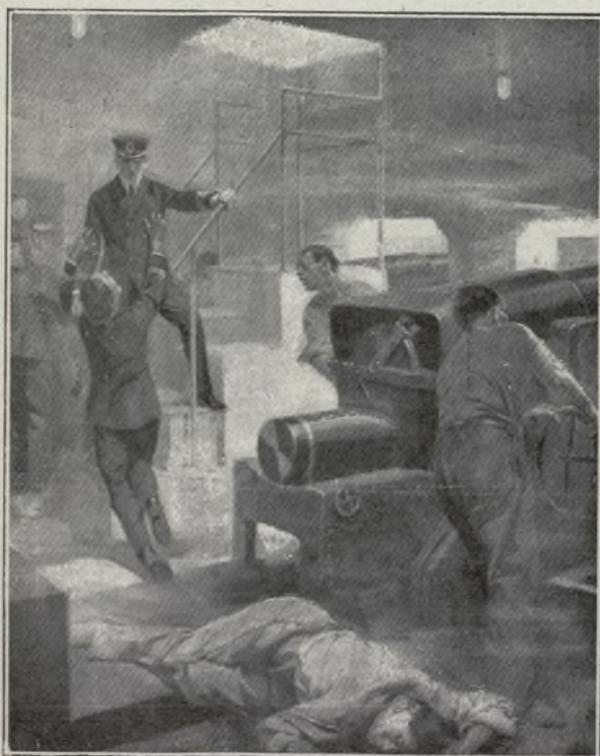
Kiang, me señaló el espectáculo y dijo:

—Esta es la gran escuadra: Vea usted los nuevos acorazados; 4 del tipo *Tse-Fuso*, 2 tipo *Nogato*, 4 tipo *Kii*, 2 tipo *Kagal*; son de 30.600 a 45.000 toneladas. Los doce hacen 23 nudos de marcha y van armados con 48 cañones de 356 milímetros de calibre y 88 de 380.

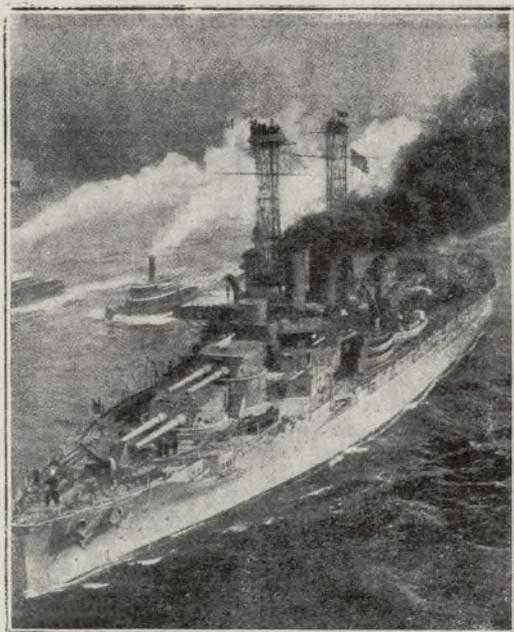
He aquí la división de cruceros de combate: 4 tipo *Kongo*, de 27.000 toneladas y 27 nudos de velocidad, y 8 piezas de 350; 4 del tipo *Amagi*, de 43.500 toneladas, 33 nudos y 10 piezas de 380. Por consiguiente, despreciando la artillería mediana, o no contándola, cuentan con 80 cañones de 350 y 120 de 380. Además, allá van los 23 cruceros ligeros, nuevos también, que marchan a 30 nudos, de los tipos *Tenzyu*, *Kuma*, *Yura* y *Ayase*...

Por otra parte, los nipones disponen de grandes elementos de exploración: 142 destroyers, con cañones de 127 y de 140 milímetros, y además, 72 submarinos, entre los que hay verdaderos cruceros, que con sus 20.000 caballos de fuerza, consiguen 23 nudos de velocidad...

El elogio de la escuadra japonesa, fué interrumpido por el zumbido tremendo de quince hidroaviones armados en guerra, que se establecían sobre nosotros como águilas.



El combate a bordo



Se veían los veintiún acorazados del tipo «Nevada» y «Pensilvania»...

Pero sin emocionarse, mi amigo Kiang, con gesto expresivo izó una bandera al costado de nuestro aparato, que debía tener una significación muy imperativa; pues los amenazadores centinelas se apartaron en seguida de nosotros.

Un cuarto de hora después, habíamos atracado al costado de un transporte de guerra, a bordo del que fuí, en el acto, invitado a subir.

Un oficial de los más apuestos nos ofreció una colación de la que ya tenía yo gran necesidad.

De la conversación sostenida por este japonés y el chino, oí solamente esto:

«Nuestros cuarenta y un cuerpos de ejército están movilizados.

Poseemos tres millones de toneladas de marina a flote; si es necesario trescientos mil hombres, estarán en Filipinas en seis días para defender y fortificar el archipiélago.

¿Un ataque americano? No... Si Manila está a 1.740 millas de Tokio, está a 7.000 de San Francisco.

Necesitarían quince días para venir, aun con la condición de que su escuadra obtuviese la victoria.

El golpe de Panamá es...»

A partir de esta palabra no oí nada más, y cuando me repuse, el sol iba muy bajo en el horizonte; me encontraba en el sitio de atrás del hidroavión que Kiang pilotaba por encima del Océano.

Debía yo tener aspecto de hombre aturdido, porque mi compañero examinóme con rápida mirada, se echó a reír y me dijo irónicamente:

—El saké de nuestro patrón era bueno ¿no es verdad? Aunque algo traicionero, sin embargo; pues ha descansado usted diecisiete horas y yo he repetido su sueño; pero se levanta usted dormido...

Me sobresalté, pero en el acto me repuse; el traicionero era él, mi compañero, que bajo la acción de un alcohol japonés muy concentrado, me había convertido en sordo y ciego. Sin duda, había cosas que no era preciso que yo las viera.

Prudentemente adopté el aire de no comprender y pregunté:

—¿Dónde estamos? ¿camino de Samoa?

—No, he renunciado a una vuelta que resultaba inútil, y estaremos mañana por la mañana en Hawai... Tome usted el volante, la carta y la brújula.

En cuanto me cedió el sitio, se instaló detrás de mí. La noche me pareció larga.

Hacia las dos de la mañana, el haz luminoso de un proyector me cegó bruscamente, surgiendo del mar, mientras violentas detonaciones despertaron a mi compañero que se incorporó a la vez que nuevos rayos de llamas rojas se elevaban del mar.

—Eso es, que los destroyers americanos nos cañonean, dijo tranquilamente Kiang volviendo a sentarse.

—Elévenos usted quinientos metros; no tienen más que piezas de 100 milímetros.

Obedecí; los proyectores me perdieron y el cañoneo cesó; continuando Kiang:

—Son buenos estos pequeños navíos, estos destroyers nuevos, y además muy numerosos, 295 unidades o sea, 153 más que el Japón; pero su artillería es demasiado endeble, lo que restablece el equilibrio.

A las nueve de la mañana volábamos sobre Hawai, teniendo lugar la ceremonia del reconocimiento. (Este diablejo de chino, tenía entrada libre en todas partes). Un determinado pabellón enarbolado en nuestro aparto nos permitió posar blandamente sobre la rada, en la que había una escuadra arrogante; escuadra cuyos mástiles enrejados habían revelado al más ignorante, que era americana.

—¡Eh, eh!—sonríe fisgando Kiang—aquí también está la flota nueva que se echa por delante.

He aquí los veintiún acorazados del gran programa; los 6 tipo *New-York*, *Nevada* y *Penssylvania*, los 5 tipo *New-México* y *Tennessee*, los 4 tipo *Colorado* y los 5 tipo *Indiana*.

Son de 27.000 a 43.200 toneladas, y hablan con bocas de 354 milímetros de calibre y de 380.

Algunos tienen hasta de 450; y además, poco o nada de humo, con esas máquinas de petróleo o eléctricas. Esta artillería rinde como poder de andanada un buen tercio más que la japonesa nueva.

América opone 21 acorazados a 12 del Japón; pero no presenta sino 6 cruceros de combate contra 8 y 10 cruceros ligeros tipo *Omaha* ante 23 nipones...

Ese es el balance... Además América tiene 62 submarinos y el imperio del Sol Naciente, 72.

Como en la noche, ningún oído indiscreto nos podía escuchar, pregunté a Kiang:

—¿Dónde está el punto en que se va a dilucidar esta cuestión?

—Aquí; Hawai con Pearl-Harbour donde estamos y donde se halla la gran escuadra americana concentrada—dijo el chino extendiendo el mapa y señalando con el dedo al centro.

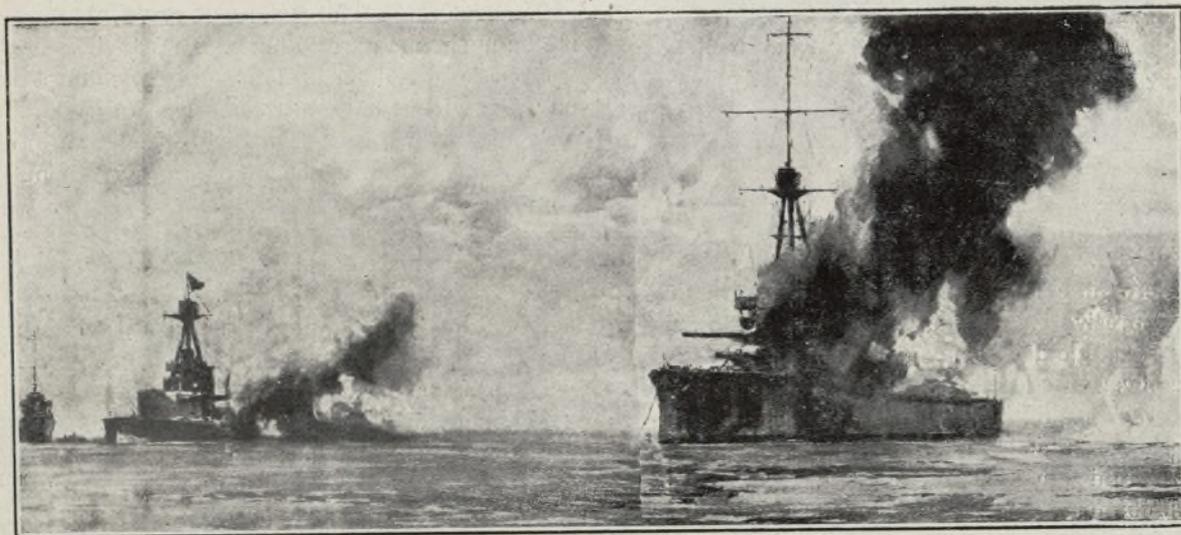
estorbado que quede libre en manos de los americanos y que puedan traer directamente del Atlántico y sin pasar por el cabo de Hornos, su reserva naval compuesta de 20 acorazados y 8 cruceros antiguos. Se habían economizado 9.000 millas.

Las dos escuadras están frente a frente; pero con 3.300 millas de agua salada entre ambas.

—¿Cuál de las dos se lanzará a ofrecer combate a la otra?

Kiang se rasca la cabeza y gesticula.

—Eso es exactamente lo que yo me pregunto; pues el interés de cada cual, está en librar la batalla en aguas de su propia base, con sus pañoles repletos y su tren de combate próximo. Navegar 3.300



El mar se cubre de tonos grises, negros, verdes, amarillos: los tonos de la pólvora, los humos de los proyectiles incendiarios y de los asfixiantes.

Al Norte, a 2.037 millas, una base en Dutch-Harbour en las islas Aleutianas y al Sur, a 2.300, otra en Tutula, de las Samoa, antiguo puesto alemán.

Todo lo que está delante de este triángulo, salvo el próximo y poco utilizable islote de Midway, a 1.126 millas, está perdido para los americanos; Guam-Yapy.

Filipinas están en poder de los japoneses. En la actualidad, las Hawai con 250.000 habitantes, tienen 110.000 japoneses dispuestos a insurreccionarse... a los japoneses no conviene alejarse mucho de sus bases, en las que diez viejos acorazados y once cruceros antiguos también, son susceptibles de magníficos servicios y podrían prestar un serio apoyo a la hermosa escuadra que acaba usted de ver en Guam.

Por otro lado, un golpe de mano intentado por los niños perdidos sobre el canal de Panamá ha

millas para ir a buscar al enemigo en su casa, es disminuirse en la mitad el poder combativo...

—¿Entonces?

—Entonces... los japoneses son gente lista, los americanos también, y la dominación del Pacífico, bien vale un riesgo.

A 13 de Mayo en la rada de Wake.

Y he aquí que el riesgo se corrió... con gran vigor. Garrapateó esto sobre mis rodillas durante un alto que hace el hidroavión en Wake, la minúscula isla que hay entre Hawai, a 2.100 millas, y Guam a 1.320. Kiang ha ido a buscar esencia, yo me quedo de guardia.

Bajo la presión de la opinión americana, que, naturalmente, no aceptó la pérdida de las Filipinas ni la de Guam, el ejército naval americano, seguido

de un tren de combate enorme, se lanzó a través del Pacífico, tomando por punto de apoyo esta pequeña e incómoda rada de Wake, donde nosotros hacemos escala y en la que queda de guardia una división de navíos antiguos vistosamente empavesados.

Kiang vuelve; trae noticias. La armada americana al llegar aquí ha sido atacada por submarinos japoneses venidos de las islas Marsal que están apenas a 1.000 kilómetros.

Ha perdido un acorazado y dos cruceros, rechazando el ataque y reanudando la marcha. Y puesto que Wake está empavesada, es porque la telegrafía sin hilos acaba de comunicar que Guam ha sido reconquistada después de un rudo combate de la escuadra de los Estados Unidos.

La bandera estrellada ondea de nuevo en aquella roca.

—¿Será eso el aseguramiento de la reconquista de Filipinas? Pregunto.

—Va usted un poco deprisa—responde Kiang— ¡Vamos allí a verlo!

Tornamos hacia Manila por la vía aérea.

15 de Mayo, a 20 millas al largo de Guam.

Ligeras palabras sobre esta jornada.

Flotamos sobre un mar completamente en calma, en cuya superficie nos hemos parado para reparar dos averías. Poca cosa: el ala derecha atravesada por un cohete japonés, y el flotador de babor descen- trado por un casco de bomba americana. Eso es lo que atrajo haber sido testigo demasiado cerca del combate empeñado entre los cruceros de los dos adversarios y de los que la isla de Yap era el objetivo.

Los cruceros de combate japoneses llevaron la ventaja; pero unos y otros nos tiraron. Afortunadamente marchamos bien, y hemos escapado desvián- donos.

Mientras descansa Kiang, yo hago guardia y de aquí a una hora será al contrario.

¡En qué berengenal me ha metido este chino! Cierto que es emocionante.

20 de Mayo.—En Manila.

Hemos regresado a nuestro punto de partida, después de cinco o seis audacias que nos han pue- sto en contacto, unas veces con los americanos y otras con los japoneses—siempre y en todas partes encantados con nosotros. Bien es verdad, que este diablejo de Kiang desempeña tan bien el oficio,

que siempre tiene excelente acogida en ambos campos.

Temo adivinar, juzgando por la sonrisa con que me lo anunció, que detrás de la armada americana la población japonesa de Hawai se sublevaría y que Pearl-Harbour sería incendiada.

22 de Mayo.—En el mar y en el aire, sobre las islas Samoa y Mindanao.

Esta vez se trata de la lucha suprema. Estamos a dos mil metros de altura; Kiang al volante maniobra atento, yo anoto... La escuadra americana intenta forzar los estrechos de Filipinas. Gracias a la pureza de la atmósfera; la japonesa quedándose en el límite extremo de tiro, ha entablado el duelo de artillería.

Los dos adversarios están debajo de nosotros; veo los acorazados y los cruceros que se cañonean a 15, 18 y 20 kilómetros; veo puntos negros móviles que son los hidroaviones; grises, que son los destroyers, manchas difusas, los submarinos, y después notas blancas a centenares, que nacen, suben y vuelven a caer.

Como estos pasos se hallan metidos entre las islas, el tiro se acentúa, se precipita.

Kiang extiende la mano y me grita:

—«Todo el ejército naval japonés está ahí; los antiguos y los modernos navíos.»

El destino supremo del imperio del Sol Naciente, está en manos de siete mil oficiales y sesenta y nueve mil marineros de la escuadra nipona.

También se están decidiendo los destinos de la bandera estrellada.

Por la posesión del Pacífico.

La furia de esta batalla entablada bajo nosotros, dice la antigua aversión de los dos estados, uno contra otro, después de innumerables rozamientos que se han producido, principalmente por las leyes de emigración; leyes *japonófobas* en América, y *americanófobas* en el Japón. Manifiesta también todo lo que vale este Pacífico tan rico, tan maravillosamente situado, tan utilizado, tan organizado... este Pacífico uno de los centros económicos del mundo moderno.

Un tronar no interrumpido del cañoneo y de las explosiones más formidables... aquí un acorazado que zozobra bruscamente, allá un crucero parece volatilizarse en su sitio, más lejos un barco arde, una gran silueta deriva al azar...

¿Americanos? ¿Japoneses? No se sabe porque se

ve mal. El mar se cubre de tonos grises, negros, verdes, amarillos, los tonos de la pólvora, los humos de los proyectiles incendiarios y de los asfixiantes.

Debajo de este velo, se dibuja, sin duda, la victoria. Hay que descender si queremos ver.

¡Descendamos!

El hidroavión describe una ancha espiral, la batola ruge, el trajín del combate parece atraernos.

Quinientos metros... mil metros...

Oímos mejor; pero lo vemos todo mal también.

Descendemos otros ochocientos metros sin importarnos el peligro.

Entramos en plena tempestad, en una humareda acre que abrasa.

¡Otros quinientos metros!

El trajín se desgarrá súbito, debajo de nosotros, uno, dos, tres, diez navíos arden, entre cincuenta, envueltos en relámpagos.

Kiang se endereza y yo le invito.

Debajo de nosotros, un gran buque del que no distingo el pabellón por las ráfagas rojas y amarillas que se dirigen a nosotros... Nos apuntan, no podemos estar, hay que subir.

¡Demasiado tarde! En nuestro ala izquierda ha estallado el rayo.

¡Caemos!

¿Sabremos nunca, quién va a ser el dueño del Pacífico?

UN BUEN EJEMPLO

DOLORA DE CAMPOAMOR

Dejó un proyectil perdido,
de una batalla al final,
junto a un asistente herido,
medio muerto a un general.

Mientras grita maldiciente
el general:—«¡Voto a bríos!...»
resignado el asistente
murmuraba:—«¡Creo en Dios!»

Callan, volviendo a entablar
este diálogo al morir:

—¿Tú qué haces, Blas?—¿Yo? Rezar.

—¿Y vos, señor?—¡Maldecir!

—¿Quién te enseñó a orar?—Mi madre.

—La mujer toda es piedad.

—¿Y a vos jurar?—Mi padre.

—Claro, siendo hombre...—¡Es verdad!

—Rogad, señor, como yo.

—Eso es tarde para mí.

Yo no creo... porque no.

Tú, ¿por qué crees?—Porque sí.

—Ya hay buitres en derredor
que nos quieren devorar.

—¡Son los ángeles, señor,
que nos vienen a salvar!—

Y ambos decían verdad,
pues a menudo se ve

que halla buitres la impiedad
donde halla ángeles la fe.

—¡Adiós, señor!—¿Dónde vas?

—Voy allí...—¿Dónde es allí?

—A la gloria...—¿Y dejas, Blas,

a tu general aquí?

No me dejes, mal amigo,

—Pues venga esa mano.—Ten;

y aunque dudé, iré contigo

creyendo en tu Dios también.—

Y así, cuando ya tenían

una misma fe los dos,

abrazados repetían

el «¡creo en Dios!» «¡creo en Dios!»

Y como era ya un creyente,

pasó, lo que es natural,

que, abrazado a su asistente,

subió al cielo el general.



Por la
PATRIA

CUENTOS DE OTRA GUERRA

DE PÉREZ NIEVA

I

Aquella vibrante marcha de *Cádiz* tocada por la música del regimiento que se marchaba a la guerra, sonando con el estruendo de las diez y ocho cajas de su banda de tambores en medio de la multitud delirante, que la acompañaba cantando en un coro inmenso, ondeando mil banderas nacionales, enarbolando gorras, sombreros y boínas en la punta de los bastones; aquellas líneas de los pantalones grana de los soldados, materialmente ahogadas por la masa enorme de la gente que acudía a despedirlos, y que no sabía qué hacer con ellos en su borrachera de entusiasmo; toda aquella hermosa locura de la muchedumbre con un solo corazón latiendo por la patria, se le metió en el alma al muchacho, y si entonces se hubiera abierto en la misma estación banderín de enganche, es seguro que sin más dilaciones, tal como estaba, con la blusa del trabajo y la tarterilla de la comida colgada de la muñeca, se larga en el tren militar, ávido de derramar su sangre por el honor nacional, como iban a hacerlo los mil hombres que el férreo convoy se llevaba a la costa, entre el último alarido del pueblo y las primeras sombras del crepúsculo de la tarde.

Cuando el tren arrancó, despacioso y solemne, con sus ventanillas «tapadas» por piñas de cabezas con roses, ronco de gritar ¡viva España! y ¡viva el Ejército!, medio loco en la atmósfera de horno del andén, en el que se agolpaban tres mil personas, no se acordó de nada, no se acordó de su madre, parálitica, presa en la desmantelada guardilla, sin otro amparo que el suyo ni otro sostén que su jornal.

¡Ah, si no hubiera sido por ella! La idea, el deseo imperioso de sentar plaza, de tomar el fusil, de ser uno de tantos en la defensa de la patria, ya había

pasado por su mente varias veces, siempre que a la hora de descanso, entre el trabajo de la mañana y el de la tarde, lefa al pie «de la obra» en los periódicos los insultos de los yanquis, en su campaña cobarde de comadres vocingleras. Y sintiendo hervir en su sangre turbulenta de hijo del pueblo, llena de generosidad, la indignación contra tanta injusticia, experimentó el anhelo invencible de irse a pelear. No le bastaba que fueran los demás, no; quería hundir por sí mismo el cuchillo del maússer en el pecho enemigo, verle abierto por propia mano, ver correr a los yanquis, si se atrevían a desembarcar en la isla, delante de nuestros cazadores, que es la tropa de «más agallas» que se pasea por el mundo. Los compañeros le calmaban, le llamaban a la razón: su madre no tenía a nadie sino a él.

Y ahora, todavía fresca la impresión de la despedida de las tropas, adelantaba por el Prado bramando de coraje, con los ojos húmedos por las lágrimas, murmurando con tristeza:

—¡Quién se hubiera podido marchar con ellos!

II

No supo él cómo, pero se encontró en aquel salón del Banco donde se entregaban las cantidades para la suscripción nacional. Al pasar por las grandes puertas de la calle de Alcalá, un súbito arranque le metió en el portalón, echó al azar por una escalera, y al primer portero que encontró al paso le preguntó con la timidez del que se halla en un sitio que pisa por vez primera:

—¿Es aquí donde se da ese dinero para la guerra?

Iba hablando solo, sin fijarse en los peldaños. No contaba más que con lo justo para comer, con lo que ganaba con la llana; pero ¡qué demonio!, eran los dos solos, su madre y él. Ya se las arreglarían,

Estarían dos días a patatas, o suprimirían uno la poca carne de contratapa con la que ponían el cocidito. ¡Y aunque pasara hambre! No se retiraba a su casa sin haber hecho algo.

Y hundido en su monólogo, apretando instintivamente sus doce pesetas por bajo de la blusa, como si temiera que se las robaran, hallóse entre las gentes que iban y venían a depositar cantidades en las taquillas destinadas a la suscripción nacional. La mayoría de los postores era de la clase media rica o de la aristocracia, señorío de levita larga y llamante sombrero de copa. Menudeaban en las bocas, ornadas con el elegante bigote de sortijilla, puros con faja. Muchos de los imponentes se conocían, saludábanse en alta voz, hablaban de consolidados y de renta perpetua. Al pagar enseñaban carteras con billetes de Banco. La nota dominante era de entusiasmo, de abnegación.

El albañil sorteó la gente, y con aire tímido se fué acercando a la taquilla. Tres o cuatro caballeros entregaban a la sazón sus cantidades. Tuvo que esperar y empezó a observar entonces algunas pupilas de extrañeza. Su humilde traje blanco de faena desarmtonizaba en el grupo de levitas. Pero no cayeron sobre él miradas desdeñosas, no, sino de simpatías, de cariño. Era el pueblo, que respondía al llamamiento de la nación.

—D. Juan Fernández quinientas pesetas, dijo uno de los caballeros que aguardaban, sacando cinco billetes del bolsillo.

—D. Luis López, quinientas también, exclamó otro cuando el empleado formalizó la entrega del primero.

—El marqués de la Peña, seis mil.

Hubo un estremecimiento en los más próximos a la ventanilla, estremecimiento que se convirtió en un grito de asombro cuando un señor grueso, con monóculo y alfiler de brillantes en la corbata, se adelantó exclamando:

—El duque de Urbión, doscientas cincuenta mil.

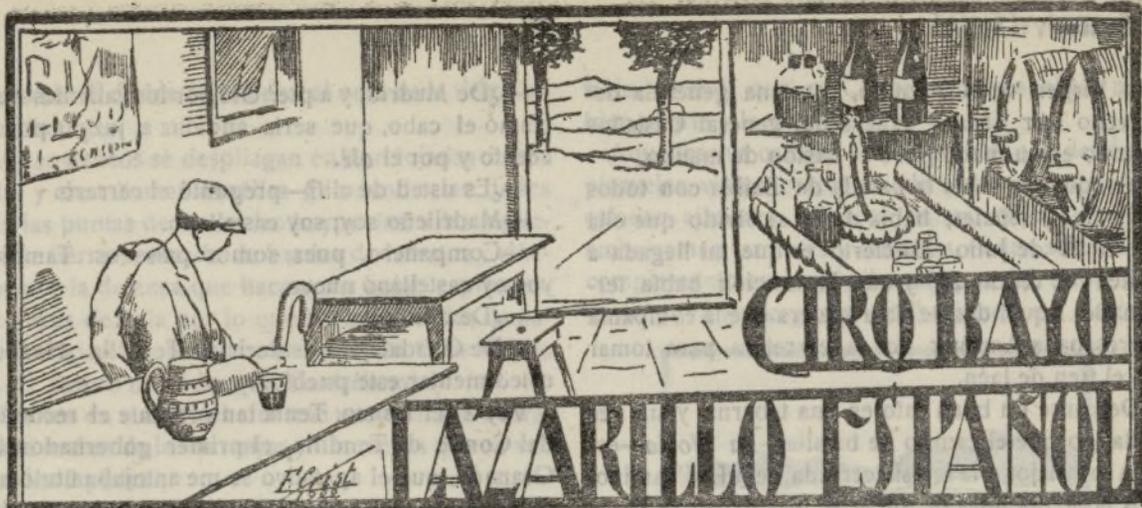
Todos los ojos se clavaron en el opulento, que con la sencillez del que está acostumbrado a manejar el dinero dejó su millón, un paquetito de billetes, y satisfecho del deber cumplido se retiró.

El albañil habíase acercado a la ventanilla por fin. Y de pronto se oyó una voz trémula que decía con esa locuacidad artesana espontánea, que no sabe entrar en una oficina sin desembucharles en los oídos a los empleados una porción de cosas que ni les importan ni vienen al caso:

—¿Pa qué hace falta poner mi nombre? Escriba usted: un albañil, dos pesetas. La cuestión es dar el dinero. ¡Y después de lo que ha soltado ese señorón, la órdiga! Yo apenas me llamo Pedro. En fin, el que hace lo que puede no está obligao a más, y yo pa dejar esto, que es un día de jornal, se lo quito a mi vieja. ¡Conque abur!

Aquella ingenua confesión hizo olvidar súbitamente el millón ingresado, y las miradas de todos los imponentes fueron a detenerse en el pobre albañil. Su blancura adquirió de pronto una inmaculada grandeza. Por su impulso espontáneo las frentes se inclinaron, y el público abrió paso con respeto al obrero humilde, que ajeno a la majestad que irradiaba de su persona, se retiraba avergonzado después de depositar en la taquilla de la suscripción y en holocausto a la patria las dos honradas pesetas de su comida de un día.





(Continuación.)

Dijo que se quedará en la capital; pues bien: la primera vez que vea a *Guerrita*, le tira usted el sombrero al redondel en mi nombre después de una de aquellas estocadas que quitan el sentido. Esta es toda la recompensa que le pido a cambio de las instrucciones que le di.

No es que a mí no se me hubiera ocurrido muchas veces el asalto de esos trenes que van a pequeña velocidad y parecen burlarse de los caminantes más que los otros que corren devorando el espacio; pero me guardé de hacerlo, primero por altivez de andarín, segundo para evitar responsabilidades. Por esta vez dejé escrúpulos a un lado y me preparé al asalto ferroviario.

Di gracias al guarda por sus buenos deseos, seguimos hablando un buen rato de cosas indiferentes, y al tiempo indicado se oyó el silbido de la locomotora.

—Ya viene—me dijo el guarda—. Póngase al otro lado de la vía, porque yo me quedo en éste con el farol. Al primer hueco que vea se cuele usted. Que le vaya bien.

Y no hubo más, sino que llegó el tren a paso perezoso, que yo trepé con vigor de asaltante y me escondí en el fondo de un vagón.

Olía a estiércol de ganado; pero esto era una ventaja, porque la boñiga seca servía de alfombra. En o oscuridad tropecé unas pajas, y las extendí para mayor limpieza. Envuelto en la manta dormí en aquella perrera como en un palacio encantado.

Nada turbó mi sueño, como no sea la parada en el empalme. Creí a cada instante verme descubierto por el farol registrador de algún vigilante; pero el guardavía estaba bien informado; el tren no cargaba hasta Linares y quedó abandonado en la estación. El frío de la madrugada entrando por las puertas laterales, y más que todo por entre las rendijas de

los tablones del suelo, me despertó, a cuyo tiempo trepidó el tren y comenzó a andar.

Toda mi guía de viaje era una de ferrocarriles. Por ella me informé que de Vadellano a Linares hay solamente nueve kilómetros. Viendo que el trecho era tan corto, me apresté a dejar mi refugio. Lié mi petate, asomé la cabeza con precaución, y no viendo a nadie atrás ni adelante, me apeé como si lo hiciera de un tranvía en marcha, no sin dar cumplidas gracias a la Compañía del Sur.

II

RECUERDOS DE BAILÉN

Llegado a Linares me desayuné en una cantina de mineros que a la salida del pueblo hay junto a los hornos del camino real, que era el que llevaba a Córdoba por Andújar.

Crucé unos eriales, luego dehesas y quebradas, y al mediodía arribé a *Bailén*, pueblo tan famoso de nombre como pequeño de vecindario.

Vi las casas engalanadas y mucha animación en calles y balcones. Llegué a la plaza, y destacándose entre el concurso estaba una compañía de infantería en correcta formación. El cornetín de órdenes, como si esperara mi llegada, dió un toque de atención y, a seguida, «¡Presenten armas!» A cuyo tiempo, la banda tocó la *Marcha Real*.

Hice bien en no envanecerme, porque tales honores se tributaban, no a mí, sino a la bandera, que a este momento sacaba el porta de la Casa-Ayuntamiento. El capitán dió una voz de mando, y al son de alegre pasodoble los soldadicos desfilaron por la plaza.

Pregunté cuya era la causa de todo aquello, y diéronme que en celebración del aniversario de la batalla, y que todos los años venía una compañía de Jaén con bandera y música para hacer honores

a la Virgen de la Zomeca, capitana generala del Ejército por obra y gracia del general Castaños cuando en su mano puso el bastón de mando.

Yo, que me sabía la batalla de Bailén con todos sus pelos y señales, había dado al olvido que ella fué un 19 de Julio. Lo cierto es que mi llegada a Bailén fué un día 20, y que la función había terminado. Aquel desfile de tropa era que la compañía regresaba a Andújar por la carretera, para tomar allí el tren de Jaén.

Descansé un buen rato en una taberna, y sin ver nada, porque el campo de batalla—*La Noria*—estaba muy lejos y la iglesia cerrada, seguí mi camino.

A la media hora de andar oí que dabanme voces a retaguardia. Paré, y con esto me alcanzó un carro cubierto, que era de donde me llamaban. Sentados adentro iban un carrero de calañés, calzón corto y borceguíes con flecos, y un cabo furriel. En el tolo se veía pintado el escudo de España entre dos orlas con los colores nacionales, y en la banda amarilla este letrero: *Regimiento Infantería de la Reina, número 2, primer batallón.*

Era, pues, un carro de regimiento.

—Paisano—dijome el carrero sin parar las mulas—, ¿adónde bueno?

—A Andújar.

—Y ¿va usted solo?—repuso el cabo.

—Así parece...

—Quiero decir si no lleva usted alojados—siguió diciendo el de los galones, tocándose las uñas de los dos pulgares, haciendo *el conde de uñate*.

—Nada de esto—repliqué—, estoy limpio como una patena.

Y era verdad. Procuraba ser tan pulcro, que hasta cepillo llevaba para quitarme el polvo, cuanto más peine y jabón para mi tocado. Me verían tostado del sol y polvoriento, pero sucio, no.

—Pues suba usted con nosotros—siguió diciendo el cabo—. Me da pena verle andando con este calor por la carretera.

Pararon las mulas y me senté en la trasera sobre un montón de mantas bien dobladas. En el doble fondo asomaban la marmita de la compañía y el bombo de la música. El carro se llevaba toda esta impedimenta a Andújar por la carretera para empalmar con el tren.

—Ea, eche usted un trago—dijome el carrero enviándome la bota.

—Amigo, gracias mil—dije devolviéndosela después de haber bebido.

—¿De donde se viene, paisano?—me preguntó a su vez el cabo.

—De la capital de España—contesté con mucho énfasis.

—¿De Madrid, y a pie? Olé por los valientes—exclamó el cabo, que sería andaluz a juzgar por el acento y por el *olé*.

—¿Es usted de allí?—preguntó el carrero.

—Madrileño soy; soy castellano.

—Compañero, pues, somos paisanos. También yo soy castellano nuevo.

—¿De dónde?

—De Guadalajara, es decir, de Tendilla. ¿Ha oído usted mentar este pueblo?

Voy a ser franco. Tenía tan presente el recuerdo del Conde de Tendilla, el primer gobernador de Granada, que el apelativo se me antojaba título andaluz. Ahora sabía a ciencia cierta que ese pueblo era castellano, como antes que la batalla de Bailén se dió un 19 de Julio. ¡Vaya si enseñan los viajes!

Y como si del carrero se apoderase repentinamente la nostalgia de la tierruca, dejó de hablar, dió un grito a las mulas y a seguida cantó esta seguidilla:

Camino de Tendilla
va una tendera,
ella va pa Tendilla
y yo a tendella...

Las cuatro leguas de Bailén a Andújar las hicimos tan despacio, con tantas estaciones en los ventorros, que era ya anochecido cuando llegamos a la ciudad.

Cabo y carrero, con el arroz, las patatas y el tocino de la provisión que llevaban, aderezaron un rancho en la posada, convidándome a comer y beber, y aun me hicieron acostar sobre las mantas del carro, después de dejar las mulas en el pesebre. Antes de rayar el alba sacó el carrero los animales, y cabo, carro y carrero marcharon a la estación a esperar el mixto.

Despedíme de tan buenos camaradas y eché a andar por la vía férrea. A los pocos kilómetros un guardavía me detuvo a la entrada de un túnel hasta que pasara el tren. No tardó éste en anunciarse, y cuando cruzó, tuve la suerte de ver asomados a una ventanilla al cabo andaluz y al carrero castellano que me saludaron alegremente remolineando las gorras cuarteleras.

III

BAJO EL PUENTE DE CÓRDOBA

En Andújar había saludado el sagrado Betis, el Guadalquivir, que volví a cruzar en Alcolea por otro magnífico puente de mármol negro.

Desde Alcolea hasta Córdoba es toda una llanada entre el río y las últimas estribaciones de Sierra Morena, y en ella casan admirablemente el rubio de los trigales con el verde tierno de las vides, y el ver-

de sombrío de los olivos con el ocre de la tierra labrantía.

A los flancos se despliegan en apretujadas haces pitas y chumberas; aquéllas guardando las lindes con las puntas de sus rudas bayonetas, y las higueras de tierra sirviendo de bardas de huertos y viñedos por la defensa que hacen sus hojas espinosas, en forma de pala por lo que los antiguos las llamaron escudos macedónicos (según nota Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana*).

De vez en cuando el aire trae una tufarada de fragante azahar de los naranjos y limoneros que se ven tras los tapiales.

De pronto, casi sin perspectiva, aparece un tablero de casas bajas, muy apiñadas, y señoreando el tendal de tejados y azoteas, un edificio inmenso, sin elevación, sobre el que se destaca la torre cuadrada de la catedral.

Son Córdoba y su mezquita; la antigua sultana de la España árabe y la gran aljama de Occidente.

Un sol de fuego dora la vieja ciudad, remozando perennemente su vetustez, y tal contraste entre la historia y la naturaleza es el mayor atractivo de Córdoba, por el encanto profundo y melancólico que inspira.

Atravesé la ciudad, y al otro extremo di con la mezquita catedral. La visité a mi sabor, y torciendo a la izquierda salí derecho al puente que allí está, a cuatro pasos, obra romana reedificada por los moros.

Es un puente venerable de 16 arcos voleados sobre robustos pilares, roído por los siglos, dorado por el sol, con matas de hierbas entre grietas, por las que se asoman los lagartos, y en el extremo, un torreón con almenas que llaman *la Caviahola*. Por abajo, la corriente masa del río que hierve en espumas al tropezar con las represas de unos molinos viejos y destartados.

De codos en el puente miré a Córdoba. Algún sentimiento tendría el conde de Villamediana contra esta ciudad, cuando en su *Itinerario* la describe así:

Gran plaza, angostas calles, muchos callos;
obispo rico, pobres mercaderes;
buenos caballos para ser mujeres,
buenas mujeres para ser caballos.

En esto ni quito ni pongo rey, porque derrotado como iba no entré en averiguaciones. La única visita que hice en Córdoba fué a un alpargatero, que por seis reales me calzó, pues las botas que traía desde Madrid dijeron que había bastante con las sesenta y pico leguas andadas, y que no me acompañaban más. Pero por lo que vi al paso por la ciudad y por lo que estaba viendo desde mi observa-

torio, entendí que en Córdoba hermanaban muy bien el arte y la naturaleza.

Aquellas sus callejas curvas y tortuosas, desiertas plazuelas, viejos caserones de amplias portaladas, calados ajimeces y frescos patios, cuyo ambiente embalsaman jazmines y azahares, tienen su natural complemento en los fértiles campos del Sur y Sudeste, y en las fragosas estribaciones del Norte y



Noroeste que coronan las blancas casitas de las huertas y del *Desierto de Belén*, más conocido por «Las Ermitas».

Me acordé también haber visto en las calles mujeres de moreno rostro, de negros ojos, fina nariz y rojos y frescos labios; y ahora veía pasar otras por el puente con andar garboso. No dijo tan mal Villamediana: hay, en efecto, cierta analogía plástica entre el andar acompasado de un caballo árabe y el *trapío* de una mujer andaluza.

Precisamente tengo otro término de comparación a la vista, pues baja a la ribera una manada de potros que llevan a abrear. Son animales de cabeza

bien puesta, altos de brema o de copete, anchos parietales, cara plana de martillo, cuello de ciervo y estrecha nariz, capaz de beber en un vaso; de vientre de galgo, grupa cortante y cañilavados. Andan a buena vela, segando bien, picoteando a cada paso y con la cola en trompa.

Es clásica la descripción del caballo que hace el cordobés Céspedes, como son clásicos los corceles de Velázquez, sólo que ya no parecen españoles, por más que el maestro los tomara del natural.



Es indudable que hombres y caballos hemos degenerado desde entonces. Así como no hay hombres en nuestros días capaces de manejar los espados del siglo xvi; tampoco hay caballos que, como dice Juan de Herrera en la *Agricultura*, aguantaban doce y catorce arrobas encima, que era lo que pesaba un jinete con armas de hierro y con la silla acerada. Y esos son los corceles que pintó Don Diego.

En este soliloquio bajé al río a lavarme los pies.

En las inmediaciones del puente hay o había dos

molinos ruinosos a disposición de todo el mundo, y fui a verlos para preparar allí mi albergue nocturno. Iba a entrar en el primero que topé, cuando una mujer me gritó:

—Buen hombre, ¿qué se le ha perdido a usted? Esta casa está alquilada.

Volví la cabeza, y en uno de los rebalses del molino vi una vieja lavando en el río, y era la que me hablaba.

—¡Ah! ¿Dice usted que está alquilada? ¿Es usted la inquilina?

—A mucha honra; sí, señor—me contestó.

—¿Y la de enfrente?—repose, señalando el molino de al lado.

—Esta no; puede usted disponer de ella.

—Está bien—repliqué—; sepa usted que por esta noche será su vecino.

—Ni que se lo hubieran dicho—contestó ella levantándose, y entonces vi que era una gitana—, porque esta noche hasta el puente va a bailar. Se casó hoy mi sobrina, y aquí será la fiesta de la boda.

—¿Pero esto será muy tarde?

—Casi, casi a la media noche, porque la familia está en la ciudad divirtiéndose, y hasta esa hora no vendrán los novios con los amigos. Conque ya lo sabe usted, *si quiere acompañarnos* se le convida.

Ya me guardaré bien de esto—pensé—, y menos meterme entre gitanos pobres y borrachos; pero, por cumplimiento, hube de decir:

—Muchas gracias, señora.

No hablamos más. La gitana vieja volvió a su faena y yo me fui a inspeccionar el nuevo domicilio. Parecióme bien, y elegí el rincón de un pesebre para pasar la noche. Como aún era temprano, salí afuera, y con mucha calma, a la sombra del puente me descalcé, me arremangué los pantalones e hice mi lavatorio.

Acabado que fué, volví a subir al puente y oí un campaneo de la vecina catedral y me acordé de los versos de Heine a la Mezquita de Córdoba:

Desde el alminar donde los muezines
cantaban la oración,
las campanas de Cristo ahora envían
melancólico son (1).

Con esto pisé segunda vez la Mezquita, gasté luego mi última peseta en una taberna, y, finalmente, me retiré al molino.

(1) Auf der Thurme wo der Thürmer
zum Gebete aufgeruben,
tonet jetz die Christengloken
melancolisches Gesunnen.

(Romance *Almanzor*.)

(Concluirá.)

En lo sucesivo no tendrá usted que recurrir a mil
distintos libros cuando tenga que realizar algún
::: trabajo sobre ciencias y artes militares :::

Toda la labor la encontrará
hecha, ordenada y agradable-
mente presentada en el nuevo



DICCIONARIO MILITAR

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE CIENCIAS MILITARES

Ensayos críticos y recopilación por
VICENTE VALERO DE BERNABÉ,
— Capitán de infantería —

Magnífica obra que se publica lujosamente editada y con grabados interesantes que avaloran las exposiciones. El completo de la obra formará aproximadamente CUATRO HERMOSOS TOMOS de 1.000 páginas cada uno. Más de 3.000 gr. bados intercalados en el texto. Es una obra seria y amena, y por sus condiciones el consultor indispensable de todo el que tenga que tratar o estudiar asuntos militares. Para que esta espléndida edición se ponga al alcance de todos, la publicación se hace por cuadernos semanales, al precio de CINCUENTA CENTIMOS cuaderno.

Como nuestra edición es forzosamente limitada y el valor de la obra no permite ampliaciones de edición, si quiere usted asegurarse la posesión de tan interesante libro envíenos cuanto antes la noticia de su suscripción.

CUATRO CUADERNOS MENSUALES, 2 PTS. AL MES

El DICCIONARIO MILITAR de Valero de Bernabé será la obra fundamental de Ciencia y Arte militar que se haya producido en la presente época.

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

GORRAS Y EFFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pta.		Pta.
Capota paño 1.º	150	Uniforme kaki de estambre y gabardina con pantalón y calzon	150
Capota paño o estambre	210	Idem id. de dril, con id.	70
Peliza de 1.º, rizo de id.	120	Volvar peliza con todos los avios y dorados	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada	725	Idem guerrera con id. id	50
Guerrera de paño y estambre	120	Poner cuello y vueltas con estribos y soubache	17
Pantalón Rey con franja seca	60		

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,
la juventud renace en mí,
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.

NUESTRA PORTADA

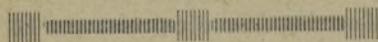
EL EXPRESO-AÉREO

Unir la velocidad del avión a la seguridad del ferrocarril es la ambición del ingeniero inventor del expreso-aéreo, cuyo dibujo va en la cubierta de este número.

Dos condiciones son precisas para realizar este deseo, ir deprisa y seguir la línea recta.

Se ha evitado el uso de la rueda como medio de tracción, porque la adherencia de ésta actúa de freno e impide las grandes velocidades; la máquina marcha sobre un carril único y su propulsión se hace por medio de hélices; se consigue con esto una adherencia casi nula y una velocidad de 250 kilómetros por hora. El trayecto Bruselas-París podrá hacerse en cuarenta y cinco minutos; en países montañosos podrá subir pedientes de 15 por 100.

En breve se efectuarán los primeros ensayos, y si obtienen éxito, empezarán enseguida la explotación de líneas... y ¡a volar!; la humanidad tiene mucha prisa...



DEL TIEMPO VIEJO

Una embajada del Rey D. Felipe IV

Un año iba a cumplirse desde que Felipe IV se había sentado en el trono de Castilla, por muerte de su padre, acontecida el día 31 de Marzo de 1621, y deseando el joven monarca cumplir con las prácticas de consideración a la Sede Apostólica que sus predecesores habían generalmente manifestado, resolvió enviar a Roma una embajada extraordinaria, a prestar obediencia a la Santidad de Gregorio XV, que había subido a la silla de San Pedro, casi al propio tiempo que Felipe al solio de San Fernando.

Nombró en efecto embajador al conde de Monterrey. Este, que era fastuoso de suyo y sabía que representaba al que se tenía por el mayor monarca de su tiempo, sa-

lió para Roma con grande séquito de servidores y con una recámara de extraordinario lujo y riqueza.

Con este aparato desembarcó en Civitavecchia el día 10 de Marzo de 1622, y el martes 15 de Marzo fué el designado para celebrar su solemne entrada en Roma, la cual se hizo según costumbre desde la Villa del papa Julio, suntuosísima estación pontificia, así llamada porque fué construída por Julio III, de la fastuosa y artista familia de los Médicis.

Lenguas se hacen las memorias de aquel tiempo de la ostentación y riqueza que el español desplegó con este motivo y de ella se dará aquí una muestra siquiera sea breve, para formar idea de las costumbres de aquel tiempo.

Desde luego todos los señores españoles que de la embajada formaban parte, principiando por Monterrey, dieron librea nueva y rica a sus criados, y sabido es que entonces el mayor número de estos demostraba la calidad de la persona.

Al magnífico séquito aumentado con veinte gentiles-hombres del conde de Monterrey, ricamente engalanados de seda y oro, hizo que precediesen dos correos con trajes húngaros, ostentando al pecho escudos con las armas del Rey de España y pendientes de ellas las del conde, como todos a caballo, con espadas, espuelas y estribos dorados.

Caminaban detrás dos trompetas con sayos vaqueros, largueados (listados) con pasamanos de oro y alamares de lo mismo y luego todos los que desempeñaban oficios inferiores, en dos hileras, seguidos de ochenta acémilas, que del diestro llevaban acemileros, vestidos de paño guarnecido de oro, con los escudos del conde a los pechos.

Las acémilas llevaban reposteros de felpa carmesí bordados de oro, con cordones, garrotes y guardas de plata.

Seguía la guardia del Papa, a la que acompañaban los criados de los señores españoles y los pajes del embajador, en cuerpo, en caballos con cojines y maletas confor-

me a sus libreas, espuelas y estribos dorados.

Acompañaron la comitiva las mulas de los cardenales y luego los caballeros romanos, que pasarían de quinientos, así que el tránsito de tan brillante cabalgata duró hasta la noche.

El de Monterrey iba en medio, llevando a los lados al hermano del Papa y al duque de Alburquerque, yendo así hasta la ciudad, donde les esperaban muchos cardenales y toda la servidumbre del Pontífice, con el Mayordomo mayor, que desde allí ocupó la derecha del embajador, poniéndose a la izquierda el patriarca de Antioquía.

En esta forma atravesaron el Corso, desde la punta del Pópolo, y al extremo se hallaba el palacio del duque de Alburquerque, pasando por entre la multitud, ávida de contemplar el fausto desplegado por los españoles.

El jueves por la mañana fué el día señalado para entregar al Soberano Pontífice las letras del Rey, haciéndole sumisión en la iglesia de San Pedro.

Ocioso es decir que para tan solemne ceremonia engalanáronse todos con más primor, si cabe, que el día de la entrada y que los señores dieron a sus criados libreas diferentes, señalándose la que sacaron los del conde de Monterrey, que era de terciopelo negro liso, cuajado de aspás de guarniciones de seda negra, con botones de oro, de martillo, con cadenas y cintillos, jubones bordados y ferreruelos de gorgorán.

Como no había cumplido el año de la muerte de Felipe III, el embajador y los demás señores vestían de terciopelo, negro, aunque ya con cierta gala, llevando Monterrey la capa de ámbar y gran cantidad de diamantes y perlas, así como el marqués de Frómista, Eraso y los demás caballeros.

Trece gentiles-hombres, muy lucidos en sus trajes, servían de cortejo al duque de Alburquerque y al hermano y *nepote* seglar del Papa.

Llegados que fueron al Vaticano

esperó el embajador en un salón al efecto destinado, para que el Pontífice saliese al en que solía recibir a los embajadores, y una vez que así lo hizo, pasó a su presencia.

Estaba su Santidad Gregorio XV sentado y de pontifical, con una capa de coro de raso carmesí, bordada de oro, puesta la tiara, que era de brocado.

Entró Monterrey acompañado de Alburquerque, subió cinco gradas del solio, besó el pie del Papa y puso en sus manos la carta de S. M. C., hecho lo cual retiráronse a un tabladillo dispuesto en medio del salón.

Tomó la carta el secretario de Breves, leyéndola en alta voz, y cuando terminó, dijo el conde, desde donde estaba, un discurso en castellano, contestándole en latín el secretario del Papa. Volvió el conde a besarle la sandalia en presencia de los cardenales y tras él hicieron igual acatamiento los caballeros todos de su comitiva, y a medida que pasaban, el conde manifestaba a Su Santidad el nombre de cada uno de ellos.

Luego que le hubieron besado el pie todos, hasta la servidumbre del embajador, retiróse el Papa a una habitación, llevando la cola de su vestidura Monterrey y Alburquerque. Allí se quitó la capa y quedó en otro hábito, que también tenía larga falda, que prosiguieron llevando los mismos, hasta el dormitorio de Su Santidad, que estaba en el piso superior.

Retiróse aquél por espacio de un cuarto de hora, al cabo del cual salió, vestido con una túnica blanca, a modo de las albas de decir misa, dirigiéndose al aposento destinado a comedor.

Diéronle aguamanos antes de sentarse a la mesa y acto continuo sentáronse también los embajadores junto a otra, que estaba retirada unos siete pies de la del Pontífice, y donde había al efecto un banco de respaldo, de terciopelo.

Permanecieron descubiertos, hasta que el Papa les hizo señal de que se cubriesen, que fué al empezar la comida.

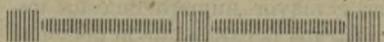
Cada vez que el Papa bebía, po-

níanse en pie los embajadores y se descubrían, y todos los demás concurrentes hincaban en tierra una rodilla.

Como agasajo especial envióles varios platos a su mesa, en algunos de los cuales estaban las iniciales del duque y del conde, con exquisita galantería.

A los embajadores sirvió la copa D. Sancho de Fonseca. Durante la comida leía un monseñor una epístola de San Jerónimo, y otros ratos, en una estancia inmediata, cantaba un coro acompañado por el órgano.

En acabando la comida dieron nuevamente aguamanos a Su Santidad, sirviéndole la toalla Monterrey, despejando luego el salón todos los concurrentes, quedando solos el Papa y los dos embajadores, que aproximando su banco le tuvieron un rato de conversación de sobremesa, hasta que el Papa se retiró a su habitación.



La figura de la Tierra

Proyecciones perspectivas.

En todas las mediciones llevadas a cabo, se ha venido a averiguar, que la magnitud del arco de un grado de meridiano, no es igual en todos los puntos de la Tierra, sino que erece constantemente del ecuador a los polos; de donde se deduce, que los meridianos son curvas que se aproximan mucho a la forma de elipses, y por tanto, que nuestro planeta ha de tener necesariamente la de un elipsoide. Más no por esto, puede asegurarse con rigor, que su forma sea la de tal elipsoide de revolución regular y perfecto; porque se observa también, que los arcos de un grado medidos en un mismo paralelo de latitud no son todos del mismo tamaño; lo que prueba que los meridianos no son exactamente iguales entre sí, ni los paralelos círculos perfectos. Es decir, que el mundo está lleno de gibas.

Algunos geógrafos modernos,

quieren suponer a la Tierra en forma de *tetraedro* de caras curvas, con los vértices en los continentes opuestos a los océanos; y así consideran un vértice inferior en el continente Austral, con su cara opuesta en el océano Ártico, y tres superiores, uno en Escandinavia, opuesto al océano Pacífico, otro en la región Yakoust (Siberia) opuesto a la cara del Atlántico, y otro en el centro del Canadá opuesto al océano Índico.

Sin embargo, son tan pequeñas las diferencias que se obtienen, entre los resultados de las observaciones directas y los de las hipótesis del esferoide de revolución y de la forma tetraédrica, que muy bien puede admitirse, fuera de las consideraciones de alta Geodesia, que sea esférica la figura de la Tierra; y para representarnos *aproximadamente* su imagen, nos valgamos siempre de una esfera o globo; y en ello no debe haber escrúpulo, por la razón siguiente. Sabemos

que el achatamiento es de $\frac{1}{294,36}$,

o en números redondos $\frac{1}{300}$; pues

bien; si queremos representar a la Tierra en un globo que tenga un metro, o sean mil milímetros de diámetro ecuatorial, debemos reducir el polar a 996,97 milímetros, siendo la diferencia inapreciable a simple vista; y así a la representación globular, puede dársele la forma esférica, sin cometer error de consideración, en la mayor parte de las aplicaciones prácticas.

Pero ocurre con los globos, que al querer estudiar sobre ellos los detalles geográficos, si son pequeños, no proporcionan datos suficientes ni exactos de una nación o provincia, y si son grandes, resultan costosos en su adquisición y de difícil manejo; por lo cual, es de imprescindible necesidad, hacer dichos estudios sobre *mapas*.

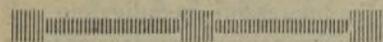
Si la figura de la Tierra fuese una superficie reglada desarrollable, nada más sencillo que representarla en un plano; mas como no ocurre así, se presenta la dificultad de conseguirlo, sin cometer erro-

res, y a procurarlo con los menores posibles, o a compensarlos, es a lo que tienden los geógrafos recurriendo al método de las *proyecciones*.

Son éstas de dos clases: o verdaderas *perspectivas*, tomadas desde distintos puntos de vista, o meras proyecciones sobre superficies curvas o poliédricas desarrollables, sujetas a leyes de aproximación.

De índole varia, son las proyecciones en perspectivas, propuestas por algunos geógrafos matemáticos, según los puntos de vista y los cuadros adoptados; pero las de carácter más general son la *ortográfica*, la *estereográfica* y la *gnomónica*, de las que pasaremos a ocuparnos someramente.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO



EL UNO Y LOS CEROS

Cuento aritmético que puede ser de actualidad

La historia política de la Aritmética está llena de interesantes episodios; pero ninguno como el que se va a referir.

Los *ceros*, individuos de la más ínfima clase, sufrían incesantemente la presión tiránica e inconsiderada de ciertos personajes que figuraban al frente del gobierno, tales como el 145.000 y el 63.804, presidente del Consejo y ministro de Hacienda, respectivamente, cuyos números resultaban premiados siempre en todos los sorteos de la Lotería nacional.

A los desventurados *ceros* se les hacía pagar toda clase de impuestos y contribuciones directas e indirectas; se les obligaba a llevar siempre a cuestas un legajo de documentos justificativos de su insignificante personalidad; a ellos se les hacía sufrir todo el peso de la ley por un quitame más allá esas pajas; no podían tomar asiento en las Cámaras populares, ni defenderse por medio de la Prensa, ni reunirse en comité pequeño ni grande, para tratar de defender sus intereses.

Los *unos* pertenecían a la clase media, y sin embargo, podían aspirar a ser diputados a Cortes, y muchos de ellos lograban escalar sin grande esfuerzo un elevado puesto oficial.

Sucedió en cierta época, no bien señalada en las crónicas, que los *ceros*, hartos ya de tantas injusticias y arbitrariedades, reuniéronse un día a la chita callando, y después de breve y acalorada discusión, determinaron sublevarse contra los Poderes constituidos apelando al recurso de la fuerza.

—¡Pido la palabra!—gritó una voz del centro más nutrido de las masas.

Era un *uno* que se había introducido furtivamente en aquel secreto club revolucionario.

—¡Que hable!—exclamaron los *ceros*.

—¡Ciudadanos!—comenzó diciendo el orador:—Evitemos la efusión de sangre; subamos legalmente al poder al amparo de la justicia y no clavemos nuestros innovadores proyectos de ley en la punta de las espadas. Los gobiernos que se imponen a la opinión pública a cañonazos, jamás lograron una vida larga y pacífica. ¡Nada de revoluciones! Os veo a todos exaltados e iracundos, mas recordad que la ira, como decía Séneca, es una locura momentánea... y por lo tanto, las consecuencias de todo aquello que la locura dicta serán irracionales y funestas. Pensad que la injusticia se comete de dos modos, o con la violencia o con el fraude. No hagamos valer nuestros santos derechos con las armas de que se vale la injusticia y tomemos posesión legal de los escaños de la Cámara; nombrarme para esto diputado, y yo sabré defender allí nuestros intereses con el entusiasmo y patriotismo que conviene al que vela y aboga por la causa popular.

Frenéticos aplausos resonaron al fin de este discurso; bien es verdad que nadie comprendió aquellas palabras intercaladas en la dicción, pero esa misma circunstancia realzó su mérito.

—No nos engaña, como otros,

con frases pomposas y huecas—decían unos.

—¡Y es un sabio!—añadían otros.

—¡Nombrémosle nuestro diputado!

Un *zero* se puso a la derecha del *uno*, que desde aquel momento ya valía por diez; otro *zero* se le unió: valía por 100. Después fueron todos colocándose en larga fila detrás del *uno*. Calcúlese el valor que en un santiamén adquirió el *uno*: 1000000000000...

Entró, pues, triunfante en el Congreso, derrotando al gobierno en menos que canta un gallo. El 145.000 puso pies en polvorosa al ver que se le venía encima aquella nube de millones, a cuya sombra comenzaron a hacer papel hasta los mismos *quebrados*, es decir, los ignorantes. No faltó $\frac{1}{3}$ osado que lograra alcanzar la cartera de Hacienda, en reemplazo del 63.804, y los números *mixtos* no les fueron en zaga a los *quebrados*, pues siendo gentes despreocupadas que, entraban con todos, volvieron la casaca y se unieron al nuevo jefe de partido.

Pero ¡ay! pronto el encumbrado *uno* comenzó a olvidarse de aquellos a quienes debía el ambicioso puesto que ocupaba, y si bien al principio pronunció rimbombantes discursos, que fueron muy ensalzados por los que a su sombra medraban, acabó por no cumplir ni uno sólo de los artículos de su programa político.

Los *ceros* comenzaron a murmurar, descontentos de aquella execrable conducta de su jefe, y observando esto el presidente del gobierno caído, Excmo. Señor 145.000, se propuso sacar partido de las circunstancias atacándole en el Congreso con discursos-torpedos, capaces de conmovir las pirámides de Egipto.

Viéndose el *uno* en peligro, trató de anexionarse al 145.000, y al final de una de sus peroraciones dijo:

—Mucho me extraña que S. S. me increpe tan duramente, pues en realidad nuestro credo político se parece como una gota de agua a otra. Podríamos formar un gran

partido, ya que en lo esencial estamos paralelos...

—¡No estamos para... *letos!*—gritó el 145.000.

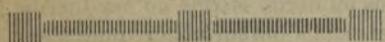
Esta frase produjo gran hilaridad en la asamblea, y hasta el Presiden abrió para reír una boca tamaña.

Esta fué la última batalla que libró el *uno*; convencidos los *ceros* de que, como siempre, se les había engañado, fueron pasándose poco a poco de la derecha a la izquierda, convirtiéndose a su jefe mediante una cóma (voto de censura) en una insignificante fracción decimal: 0,000000000... 1.

El 145.000 cantó victoria.

Y desde entonces se estableció como un axioma en aquel país, y en otros muchos, la creencia de que no hay políticos *sin-ceros*.

R. BLANCO.



De la vida de Kosciusko

Kosciusko, el ilustre y célebre polaco, era un gran general: hizo sus primeras armas en América a las órdenes de Washington, y de vuelta de su patria, se distinguió contra los rusos, dando pruebas de su valor y pericia militar en la reñida batalla de Dubienka. Nombráronlo generalísimo de los ejércitos nacionales, sus nobles compatriotas, ganosos de oponer al implacable enemigo una espada vencedora; y con esta alta investidura, siguió derrotando a los rusos y prusianos, hasta que herido en la batalla de Maci-jowice, fué hecho prisionero y conducido a San Petersburgo.

Pero era un gran general y un gran ciudadano, porque era ante todo y sobre todo, un gran patriota: por amor a su patria fué allende los mares a templar sus armas en el fuego del combate, acostumbando su brazo al trabajo de la guerra y su genio al heroísmo febril de la victoria;

por amor a su patria, arrojó temerario el formidable poder de los rusos y prusianos, que fué como entregarse al sacrificio, aunque no antes de haberlos vencido; por amor a su patria, luego que Pablo I lo puso en libertad, vivió oscuramente en Francia y en Suiza, dando ejemplo de virtudes privadas como simple ciudadano.

Kosciusko, que era un león en la guerra, no era sino un cordero en la paz: la mansadumbre, la piedad, la beneficencia eran sus armas de paz, tan bien templadas como sus armas de guerra; y todo cuanto le rodeaba estaba en armonía con él, reflejando sus virtudes. Tenía un asistente ruso, que se hubiera dejado matar por él. Y tenía un perro y un caballo, veteranos también e intrépidos, pero de pura raza polaca, y, aunque irracionales, eran a su modo patriotas y compasivos también: el perro no ladraba nunca al que buscaba a su amo hablando en la lengua de Kosciusko, y el caballo no se dejaba montar si no se le hablaba en la lengua de su amo, es decir, en la lengua de su patria; no podían hacer más en este concepto. Aunque el caballo no se enorgullecía nunca, si no lo montaba Kosciusko, que entonces tomando arrogancia heroica, le hacía todos los honores de ordenanza, marchando acompasado, majestuoso y brillante como al son de las marciales trompas.

Kosciusko los trataba como si no fueran brutos: les hablaba y lo entendían; su cariño tenía algo de gratitud; el caballo lo había llevado a la victoria; el perro lo llevaba seguramente a la pieza de caza... a la victoria también.

Hé aquí dos rasgos que los pintan como educados por Kosciusko, son dos rasgos de piedad.

El héroe, más bien que la caza; amaba la soledad del campo, el

aire de las montañas, la melancolía de los bosques, la grandeza y majestad del cielo abierto, y cazaba, no en grandes y ruidosas partidas: cuatro amigos le bastaban, su perro y su caballo.

Una tarde, después de haber hecho ejercicio, se sentó a comer con sus amigos en el bosque, y tenía un par de perdices delante.

Hablaba de Polonia con sus comensales, que eran todos íntimos, y entró en calor el colono.

En esto, apareció a su espalda, entre el remaje, una harapienta niña, harapienta y desgredada sino que en aquellas flotantes greñas eran como rayos de sol en torno de su carita de ángel.

La interesante mendiga no se atrevió a hablar, y medrosica tendió la mano en silencio.

Nadie se apercibió de ello y menos Kosciusko que estaba vuelto de espaldas, y siguió la cuestión con interés creciente.

El perro gimió tiernamente hasta tres veces, como para llamar la atención de su amo, que hablandolo hablando no le hacía caso.

Entonces, con toda la confianza de quien no teme el castigo, tomó bonitamente una de las dos perdices, que tenía su amo delante, y fué paso a paso a ponerla en la mano de la niña.

Otro día quiso el heroico polaco enviar a un venerable eclesiástico de Soleta un par de botellas de exquisito vino que le había prometido. Como había alguna distancia entre la residencia de uno y otro, hubo de aceptar el ofrecimiento de un mozo del país, que se brindó espontáneamente a este servicio, conociendo al general y al eclesiástico. Queriendo, empero, ahorrarle fatiga, le hizo aceptar a su vez para el viaje su caballo; y Zeltner, que

así se llamaba el mozo, partió asu comisión, aunque de mala gana por parte del caballo, que no admitía ancas, como previamente no se le hablara en la lengua de su amo. Pero su amo le habló ahora, y aún tuvo el estribo para que el mozo lo montara.

Zeltner desempeñó su encargo, y a la vuelta dijo a Kosciusko:

—Mi general, no volveré a montar su caballo, si al mismo tiempo que su caballo no me da usted su bolsillo.

—¿Qué dices, muchacho?

—Ni más ni menos, mi general.

—Expílicate, hombre, expílicate.

—Luego que un pobre, dijo explicándose el mozo, se quita el sombrero en el camino y alarga la mano demandando caridad, párase de repente el caballo, y no hay ya quien le haga seguir, hasta que el pobre ha recibido algo. Pero el conflicto fué cuando habiendo ya repartido, para que anduviera, las pocas y miserasonedas que llevaba, salieron al camino otros mendigos.

—Y, ¿cómo saliste del conflicto?—preguntó sonriendo Kosciusko.

—Tuve que apelar a un ardidde guerra, haciendo como que daba limosna a los pobres pero con la mano vacía.

—Dejémoslo así—contestó el héroe—; es ya caballo viejo y no le podríamos quitar ciertos resabios. Pero has de saber—añadió seriamente—, que engañar a los pobres no es un ardid de guerra.

—Mi general, mi intención era sólo engañar al caballo.

—Toma, para que si otra vez lo montas, no lo engañes tampoco a él.

Y el general le dió su bolsillo.

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

SORTEO DE QUINTOS

SUCEDIDO

En el lugar de... había que sortear un mozo que tocaba dar para la quinta. Contábanse sólo en el pueblo dos mozos que pudieran ser encantados, siendo uno de ellos el hijo del ama del cura, a quien el alcalde quería librar. Con este objeto escribió en dos cédulas la palabra *soldado*, advirtiendo a su protegido Blas, que dejase meter mano primeramente a Diego Tomé, que era el otro mozo, como de mayor edad; con lo cual, sacando éste necesariamente cédula escrita, saldría soldado, quedando luego a cargo del alcalde protector, como a individuo de la mesa, el hacer desaparecer la otra papeleta. Llegó el día del sorteo, reunióse el pueblo con toda formalidad para presenciar el sorteo; y el alcalde, el cura, el ama y Blas, se lisonjeaban del presunto buen éxito de su enredo. Lee el alcalde la orden que señala a aquel pueblo un mozo para la quinta; y no habiendo más que dos mozos comprendidos, a saber, Blas Intriga y Diego Tomé, manda que éste, como mayor de edad, meta primero mano y saque su cédula. Tomé, que algo llegó a sospechar de trampa, mete mano, saca una cédula, y, sin mirarla ni desenrollarla se la mete en la boca y se la traga; y vuelto a Blas le dice:—Saca ahora la tuya; si fuere blanca, yo seré soldado, que yo mi suerte no la quiero ver. Y por este procedimiento convirtió en veras la burla de que iba a ser objeto.

un buen jinete

hace un buen

Caballo

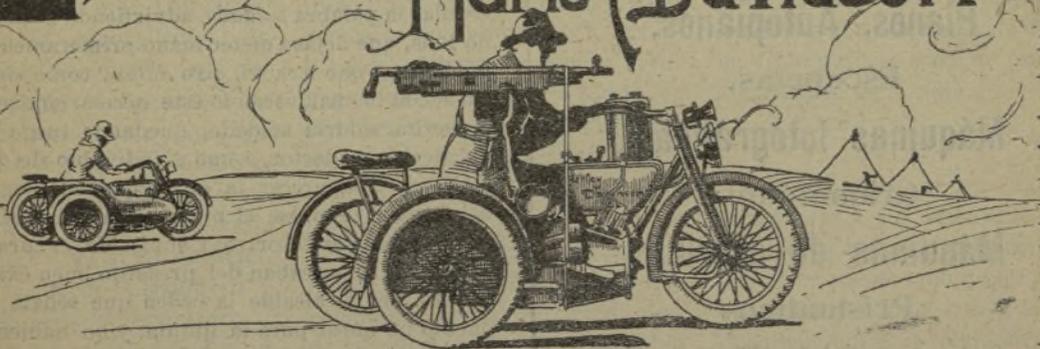
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticolico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR
es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid